

LIDA P. GÓMEZ



Cuando el corazón late



Cuando el corazón late

Lida P. Gómez

CUANDO EL CORAZÓN LATE

© 2024, Lida P. Gómez
Publicación independiente

Primera edición en Colombia, mayo 2024

© Edición y maquetación: Lida P. Gómez
Calle 19 #36 sur 120
Ibagué, Colombia
lida95gomez@gmail.com

©2024, Kindle Direct Publishing
P.O. Box 81226
Seattle, WA 98108-1226
<https://www.amazon.com/>
© Diseño de cubierta: Canva

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Distribución electrónica: Amazon.com, Inc.

Tabla de contenido

[Sinopsis](#)

[Playlist](#)

[Prólogo](#)

[No fue coincidencia](#)

[Confía en mí](#)

[Todo es predecible, excepto tú](#)

[Amor a primera vista](#)

[Quiero que tú me lo digas](#)

[El sabor amargo de los recuerdos](#)

[La anatomía de una despedida](#)

[Nota del autor](#)

Sinopsis

Kyle es un chico de diecisiete años que se preocupa por la realidad que viven los adolescentes a su edad. En medio de sus pensamientos existenciales y dirigiéndose a una fiesta en casa de uno de sus amigos, conoce a Carly cuando está a punto de lanzarse de un puente para acabar con su vida. Una chica de dieciséis años que genera inquietud con solo verla a los ojos. Kyle salva su vida y continúan teniendo encuentros casuales después de clases. Él se enamora rápidamente de ella, pero lo poco que sabe sobre la vida de Carly impide que pueda existir algo más que una amistad entre los dos, y Kyle tendrá que averiguar por su cuenta para salvar lo que aún queda de los dos.

Una gasolinera, citas en secreto, un reproductor de cintas de casete y un teléfono público se convierten en el lugar seguro de estos dos adolescentes que solo buscan entender el porqué de las cosas con las que tienen que lidiar.

Playlist

- ♪ Don't hold me – Dean Lewis
- ♪ Everybody hurts – Avril Lavigne
- ♪ Used to love (Version Acustica) – Dean Lewis
- ♪ What was I made for – Billie Eilish
- ♪ People – Selena Gómez
- ♪ Chemicals – Dean Lewis
- ♪ Darling – Avril Lavigne
- ♪ I wouldn't mind – He is we
- ♪ Ghost of you – 5 Seconds of Summer
- ♪ Break my bones – Matt Hansen
- ♪ What a time – Julia Michaels feat. Niall Horan

Prólogo

Han pasado cuatro años desde que vi a Carly por última vez. Hoy es mi graduación. La universidad no estuvo tan mal como pensé que sería. En definitiva, cuesta más superar la escuela, pero te haces fuerte en el proceso y logras sobrevivir. Hoy más que nunca la recuerdo. No sé por qué, pero desde que me levante tengo una sensación extraña en el pecho. Mamá está en camino. Todo el mundo anda de aquí para allá con los preparativos: La toga, el birrete, la cena después de la ceremonia, las fotografías, etc. Miro a través de la ventana de mi habitación y veo el campus de la universidad, colorido y llamativo. Deseo que ella esté aquí, o que por lo menos podamos tener una charla por teléfono para contarle todas las cosas que logré, esas cosas de las que hablamos tantas veces sobre el capó del auto cuando salíamos a pasear.

Cada año se siente diferente. El sentimiento madura y cambia la perspectiva de las cosas. El año pasado pensaba diferente sobre ella, me sentía diferente a como me siento hoy. Es como un sentimiento agri dulce que me hace recordarla con nostalgia y al mismo tiempo con cariño. Combinación de sentimientos que no le he dicho a nadie hasta el momento, ni siquiera a Naomi. Sé que me escucharía si llego a mencionarlo, pero siento que hay cosas tan personales y emociones tan indescriptibles dentro de cada uno de nosotros, que nadie más excepto nosotros mismos, sería capaz de comprender por más amor que nos tengan.

Dos golpes se escuchan en la puerta y giro la cabeza. Naomi está parada debajo del marco, sonriendo con mucha dulzura. Sonrío también al verla y me acerco a ella para darle un beso en los labios. Terminando el último año de la escuela, nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común y al graduarnos, decidimos ir juntos a la misma universidad. De todas las decisiones que he tomado en mi vida, Naomi ha sido la mejor. Estudiamos leyes y próximamente me especializaré en derecho penal; y ella, en derecho fiscal. Vino para salir juntos a la ceremonia de graduación. Caminamos tomados de las manos. Algunos compañeros nos saludan al vernos y el corazón me late fuerte. Es la ansiedad del momento, de que por fin llegó, de que por fin termina una etapa y empieza otra. Una más aterradora: enfrentar la adultez. Es irónico como llegamos a pensar que estar en cierta edad puede ser peor que otra. Yo llegué a la conclusión de que se vive la adolescencia, la juventud y la adultez dependiendo de muchos factores que influyen en nuestra vida; y lo más conflictivo de eso, es que cada uno vive esas etapas de maneras diferentes. Para Naomi, todas las etapas de su vida han sido significativas, ella ha sido feliz y me siento tranquilo al saberlo. Luego estoy yo, viéndome en el pasado desde aquí, teniendo una infancia y una adolescencia difícil. Cada uno lucha con sus propios temores y

traumas, tal como lo hizo Carly en su momento. Me ha costado mucho separar la realidad de la fantasía. A veces me pierdo por instantes en mis vagos pensamientos sobre el “qué hubiera sido”. He pensado muchas veces hablarlo con un psicólogo. Siento que ayudaría bastante, pero me avergüenza que el mismo psicólogo pueda señalarme por esperar hasta ahora para decidir que necesito terapia. No tienen mucho sentido mis pensamientos recriminables hacia mí mismo, pero es lo que sucede cuando decido guardar todo para mí.

Me siento junto a Naomi en una de las sillas blancas que organizaron en filas. Todos los estudiantes se están ubicando, los familiares están llegando. Yo miro el reloj ansioso por la hora, mi madre aún no llega. «Ya está en camino, lo lograré», Naomi susurra en mi oído, sujetando mi brazo. A veces me asombra. Siento que esta mujer puede leerme el pensamiento con cualquier gesto o mirada que haga. Le sonrío asintiendo para que mi ansiedad se desvanezca. Sus padres ya llegaron y están ubicados en las gradas del costado derecho. Naomi los saluda y me toca la pierna para que los mire y haga lo mismo. Ambos agitamos las manos en el aire para saludarlos y ellos responden con más efusividad.

Pienso en Carly porque cuando tenía diecisiete, significó mucho para mí, me marcó para siempre. Gracias a ella, estoy con Naomi y soy feliz. Es solo que recordarla me hace ver la vida de otra manera a como estoy acostumbrado a verla. El existir y lo que implica esa palabra en su totalidad; el no existir y las consecuencias que trae a los demás ese hecho trágico. Es trágico no existir, porque los demás nunca tendrán el placer de ser transformados, de conocer un mundo diferente al suyo, y es deprimente saber que nuestra vida puede ser la misma porque nunca pudimos coincidir con alguien que nos hiciera salir de nuestra zona de confort. Siempre me pregunté por muchos años cuál era la razón de existir, de vivir. ¿Por qué nos crearon? ¿Cuál era o es el propósito de estar aquí? Hasta que conocí a Carly y descubrí que a pesar de que cuestionarnos hace parte de nuestra naturaleza humana, no es necesario mantener en ese dilema constante y agobiante. A veces solo tengo que despertar y agradecer por seguir vivo, poner la mano en mi pecho y sentir los latidos de mi corazón, aspirar el aire con consciencia y sentir cómo llenan mis pulmones. Admirar esas cosas que hacen que la vida sea perfecta a pesar de los altibajos: tocar, reír, llorar, gritar, saborear. En pocas palabras, sentir. Ahí es cuando nos damos cuenta de que estamos vivos, es cuando entendemos que somos afortunados de estar. Es cuando el corazón late y nace un propósito por el cual debemos luchar.

Mamá acaba de llegar. Se sienta junto a los padres de mi novia, me dedica un beso y una sonrisa antes de sentarse. Respiro aliviado al verla y sujeto la mano de Naomi para sentirme apoyado. Este es el mejor momento de mi vida. Es mi significado de felicidad y lo encontré gracias a Carly.

No fue coincidencia

Voy tarde, como de costumbre. Le dije a Jackson y Kevin que llegaría sobre las diez treinta de la noche, ya son las diez y apenas estoy yendo por la autopista. No me gusta ser impuntual, aunque mamá diga que todos los adolescente carecemos del sentido de la preocupación y la buena imagen. Me hace pensar que ella se saltó esa etapa. Yo vivo preocupado todo el tiempo, y me importa causar una buena impresión ante los demás. No sé por qué dice esas cosas, pero tampoco le refuto. Dejo que hable, me reprenda y al final le contesto: tienes toda la razón. Intentaré mejorar. Sonríe sutilmente para que se convenza de que realmente lo haré, pero en lugar de eso, me mira con recelo. Tal vez porque lo ha escuchado de mi parte cientos de veces, y piensa que en realidad solo la tomo del pelo y no tengo ninguna intención de mejorar. La realidad es que sí, me esfuerzo, pero ser adolescente es difícil. Aún sigo luchando con esas cosas a las que tenemos que enfrentarnos siendo tan jóvenes. El rechazo, la incompreensión, las burlas, las críticas, la indecisión, el no entender nuestros propios sentimientos hacia los demás; y si continúa, la lista se alarga.

Ajusto el espejo retrovisor con la mano derecha y observo a través de él para cerciorarme si un grupo de autos está tras de mí, o voy solo. Le prometí a mamá que volvería a casa alrededor de la una de la mañana. Suspiró cuando se lo dije y aceptó sin mirarme a los ojos. «Ten mucho cuidado al manejar», fue lo único que me dijo antes de salir de casa. Pudo parecer simple, pero el verdadero temor y preocupación se sintió en el tono de su voz que acompañó su mirada. Mi madre no es muy cariñosa. Ha pasado por muchas cosas en la vida. Tuvo una infancia difícil y es introvertida. No habla mucho y prefiere la soledad como su compañía. Papá nos abandonó cuando yo tenía siete años. Ella se culpa, por supuesto, pero yo no lo hago. A pesar de su personalidad, es la mujer más leal, sincera y noble que he conocido. Papá se aburrió de esas cosas, se aburrió de lo estable. A él sí lo culpo. Ella no muestra interés por estar con alguien más. No quiere tener citas, ni se inmuta cuando sus amigas le presentan a alguien. Me siento culpable porque sé que una de las razones por las que se mantiene al margen, es por mí. Piensa que voy a juzgarla y no lo haré, he intentado hacerla entender eso, pero ha sido complicado.

Enciendo la radio y se escucha con interferencia. Hace mucho viento afuera. Recuerdo que en la mañana anunciaron que habría fuertes lluvias durante el día, pero todo el día estuvo soleado y justo en este momento cuando voy camino a ver a mis amigos, el clima decide ponerse en mi contra. Trueno fuerte y un rayo ilumina el cielo nublado hacia el lado derecho.

—Genial —me quejo cuando veo que empiezan a caer pequeñas gotas de lluvia sobre el

parabrisas.

Suspiro resignado. Todavía me quedan treinta minutos de camino, pero al menos ya salí de la autopista. A pesar de ser tarde, el tráfico sigue siendo abrumador.

El primo de Kevin está dando una fiesta en una de las cabañas de sus padres. Queda a las afueras de la ciudad, muy retirado de todo. No quería ir, le dije a Kevin que tenía cosas por hacer, pero no me creyó, por eso estoy yendo rumbo a la cabaña. Jackson quiere presentarme a alguien. Dice que la chica es divertida, tiene una bonita sonrisa y es muy sociable. Se llama Naomi y tiene dieciséis. No va a nuestra escuela, va a la secundaria Franklin, y Jackson conoce a mucha gente. Podría decir que es popular y que yo entro en ese grupo solo por ser su amigo. En tercer grado intenté tener algo con una chica de segundo y no funcionó. Ella realmente me gustaba, pero solo tuvimos una cita. Días después la vi de la mano con un chico por el pasillo que va al laboratorio de química. En cuanto se dio cuenta de que la vi, bajó la mirada. Nunca volvió a hablarme. Lo entendí, no tenía por qué ignorarme, pero supongo que era el camino más fácil para ella.

Giro en una intersección hacia la izquierda y recuerdo a Naomi otra vez. ¿Cómo será realmente? Me preocupa el que no logremos conectar. No tengo ganas de conocer a nadie. Siento que me parezco a mamá en ese sentido. No sé cómo interactuar con la gente. Menos tratar de coquetear con una chica. ¿Qué cosas puedo decir para sonar interesante? Tener citas es muy agotador. Las chicas son extrañas. Se enojan por cosas que no haces, pero cuando les preguntas si quieren que las hagas, dicen que no. Mantienen en una constante contradicción, y ya tengo suficiente con mis problemas de indecisión en la vida. Como sea, voy repitiéndome todo el camino que debo ser positivo, que es una fiesta y no puedo tener este ánimo de funeral. Necesito ser tan espontáneo como pueda, aunque me cueste.

Empieza a llover con mucha fuerza. Casi no puedo ver el camino. Bajo la velocidad para no apresurar un accidente que termine en tragedia. Un auto pasa por el carril izquierdo, está volviendo a la ciudad. Las luces delanteras me alarman y sigo conduciendo con precaución. Un trueno vuelve a escucharse y durante unos segundos el sonido retumba por todo el cielo. Un rayo al costado derecho ilumina el camino y freno con brusquedad al ver una sombra sobre un puente por el que ya nadie transita. Está rodeado de arbustos y lleno de hojas que caen de los árboles. Mi respiración se agita y mantengo las manos en el volante. Frunzo el ceño al tratar de descubrir de qué se trata, pero no lo logro. Quiero seguir avanzando, pero tampoco soy capaz de presionar el acelerador. Giro la llave para apagar el auto y el motor se detiene, las luces se apagan y todo queda suspendido. Solo se escucha la fuerte lluvia golpeando el parabrisas y la ruta por la que conduzco. La sombra se mueve. Ahora que ya no hay luz mis ojos se adaptan a la oscuridad y puedo ver mejor. Es una mujer. Sus piernas pasan por encima de las barandas oxidadas de aquel puente viejo y abro los ojos con amplitud, alarmado por lo que creo que está a punto de hacer. El corazón me late con fuerza, va a lanzarse al abismo. Suelto el cinturón de seguridad y me apresuro a salir del auto. En tres segundos ya estoy empapado, pero no me importa. Intento acercarme, sin saber si es una buena idea.

—¿Hola? —grito por encima del ruido de la tempestuosa lluvia. Mi voz suena indecisa.

La mujer se sobresalta al escucharme y gira la cabeza para verme. Ni siquiera se percató de que no continué mi camino.

—¡Aléjate! —me ordena con la voz quebrada.

Siento que el corazón se me detiene un poco. No es una mujer, es una... es una chica como

yo. Parece de mi edad. La adrenalina se dispara por mi cuerpo y me siento en la obligación de interrumpir su decisión.

—Está bien —le digo, poniendo las manos al frente para calmarla—. No voy a acercarme.

Doy un paso largo hacia atrás para que sepa que puede confiar en mi palabra. Ella me mira, solloza y vuelve la mirada al frente. La lluvia no deja de caer de manera salvaje y la ansiedad me invade. ¿Qué puedo decirle para que desista de esa terrible idea?

—Voy a una fiesta con mis amigos, ¿te gustaría acompañarme? —Es lo único que se me ocurre.

Ella gira la cabeza otra vez. Está vestida con un gran abrigo que tiene capucha. Apenas puedo ver su rostro con claridad.

—¿Qué te hace pensar que estoy de humor para fiestas?

Tiene razón. Soy un idiota.

—Lo digo por si tal vez quieres un poco de compañía.

Doy tres pasos al frente y ella no lo nota. Está distraída en la conversación que comencé a entablar.

—Quiero estar sola —asevera y mira hacia abajo—. Solo vete. Quiero saltar y que todo termine.

Se me hace un nudo en la garganta. Solloza tras un momento de silencio. Endereza el cuerpo y siento que cumplirá su promesa.

—¡No!, ¡por favor! —exclamo, acercándome más a ella.

—Te dije que no te acercaras —me advierte al volver a mirarme.

Esta vez puedo ver mejor su rostro. Su mirada me reta, tiene toda la intención de hacerlo realidad si no me mantengo alejado. Vuelvo a poner las manos al frente y retrocedo dos pasos.

—Está bien, está bien. Podemos... podemos ir a otro lado.

La chica me mira a la expectativa.

—No sé qué es lo que te está pasando, pero te aseguro que podemos buscar una solución. No tiene por qué terminar así. Solo toma mi mano y entra al auto, ¿quieres?

Me mira con tristeza. No dice nada. Extiendo mi mano mientras me voy acercando a ella lentamente, otra vez. Esta vez no me pide que me aleje, inclina la cabeza y llora. Nunca me había sentido tan desesperado como en esta situación. Nunca había presenciado un intento de suicidio. Espero nunca volver a vivirlo. Siento que me arde la boca del estómago y tengo la garganta seca. La sensación de que no eres nadie como para ayudar a alguien que cree que su vida ya no tiene sentido, es la peor de todas. Te hace cuestionar las razones por las que tú no has tomado esa decisión también.

—Por favor —insisto en un susurro cuando ya estoy a menos de un metro de ella.

Se toma el tiempo de levantar la mano, la empuña sin dejar de mirarme. Cuestiona las razones por las que quiero ayudarla, por las que quiero evitar que lo haga. También me cuestiono. No entiendo por qué lo hago, ni por qué tengo tanta urgencia por verla lejos de esas barandas. Supongo que solo se trata de solidaridad. Es una vida: como la mía, como la de mis amigos, la de mi madre. Ella solo es una niña, con muchas cosas por vivir aún. Es lo que pienso mientras ella duda.

Acerco la mano para intentar tomar la de ella. Sus ojos marchitos miran directamente a los míos y asiento en un movimiento de cabeza corto para que ella lo haga al fin. Su mano fría y delicada al fin estrecha la mía. Vuelve a pasar sus piernas por encima de la baranda y la acerco hacia mí en un movimiento rápido antes de que cambie de parecer. Su cuerpo se estrecha contra

el mío y la abrazo soltando una bocanada de aire como si antes no hubiera podido respirar bien y ahora al fin lo lograra. La chica llora entre mis brazos y siento mi corazón latir tan fuerte que temo pueda sufrir un infarto. Su llanto cesa y se separa de mi abrazo para mirarme a los ojos. Su rostro se ve pálido y cansado.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —le pregunto en voz baja.

Ella sacude la cabeza rápidamente.

—Prometiste llevarme a otro lado.

Debería llamar a la policía o llevarla a una estación y esperar hasta que llegue su madre o algún familiar. En lugar de eso, asiento sin dejar de mirarla. Hacer lo que tengo en mente, sería como traicionar su confianza. Me odiaría y luego... probablemente por mi culpa lo volvería a intentar, asegurándose de que esa vez pueda lograrlo sin interrupciones. Sé que tiene miedo y está confundida, puedo verlo en sus ojos. Al notarlo, escucho una voz en mi cabeza que me dice que debo cuidarla, aunque no la conozca ni logre entender sus desgracias.

Confía en mí

Me detengo en una gasolinera para pasarle ropa seca a la chica. Está temblando de frío y sus labios se ven morados. Ya no está lloviendo, así que salgo del auto para darle privacidad y que pueda cambiarse con tranquilidad. Aprovecho para entrar a uno de los baños y cambiarme de ropa también. Considero que iba mejor presentado con la ropa que tenía puesta, pero dadas las circunstancias, los pantalones de algodón y las sudaderas sientan bien. Vuelvo al auto con dos vasos plásticos de café: uno para ella, uno para mí. No puedo evitar pensar que mi ropa se le ve mejor a ella de lo que se ve en mí. Tiene puesto mi pantalón deportivo favorito y un suéter. Siempre cargo conmigo una o dos mudas de ropa por si llego a tener un accidente. La última vez que estuve en una fiesta, me lanzaron a la piscina y tuve que volver a casa mojado. Prometí que no volvería a pasarme, prefiero la comodidad y la limpieza.

La chica sigue con los labios morados y algunos de sus mechones mojados están sobre su cara. Tiene las manos entrelazadas y juega con sus pulgares de manera ansiosa. Evita mirarme, seguramente la hago sentir incómoda. No quiero que se sienta así, entonces dejo de mirarla. Extiendo la mano hacia ella y le ofrezco el café. Lo recibe sin dudar y lo deja entre sus manos. Cierra los ojos sintiendo el calor que emana el plástico y lo acerca a su boca para darle un sorbo. Me mira y asiente con un movimiento de cabeza sutil para agradecerme por aquel gesto. Le sonrío al notarlo y me dedico a tomar mi café también. Hay demasiado silencio aquí dentro. Suelo ser callado y aprecio la quietud, pero la chica hace que todo esto sea difícil de soportar. Quiero entablar una conversación con ella, pero no sé por dónde empezar. Descargo el vaso de plástico en el portavasos y pongo en marcha el auto. Enciendo la radio y busco una emisora que esté pasando música alegre, pero no tan festival. Algo que nos transmita un poco de alegría para olvidar la tristeza que dejó aquella situación hace un rato. Funciona porque la chica gira la cabeza hacia la ventana y comienza a mover la pierna izquierda al ritmo de la música. El movimiento es sutil, pero logro verlo. Si llamara a mamá ahora mismo, me diría que estoy loco, que no debí recoger a esa chica, que puede estar loca y yo corro peligro. Ignoro aquel pensamiento para no atraer algo negativo. Ella no parece ese tipo de personas. Solo con ver a sus ojos con precisión, me puedo dar cuenta de que lo único mal en ella es que, se ve tan rota que no parece existir una manera de poder reparar el daño causado.

Me detengo a un costado de la carretera. Esa vía es poco transitada y bastante silenciosa. Le digo que salga del auto. Lo hace sin preguntar nada, aunque sus labios se tuercen hacia el lado

derecho en una mueca de desconfianza. Me siento sobre el capó y ella se queda parada a un costado del auto, mirándome como si no entendiera lo que pasa. Doy un salto para volver a quedar de pie y me paro frente a ella.

—¿Te ayudo a subir? —le pregunto, ofreciendo mi mano.

La chica cruza los brazos, tratando de encoger su cuerpo. No quiere hacer contacto físico, ni visual conmigo. Retiro la mano y retrocedo un paso, de nuevo pienso que no quiero hacerla sentir incómoda.

—Desde aquí puedes ver la ciudad por completo. Suelo venir aquí con mis amigos a veces a tomar cerveza y hablar de la vida.

Giro un poco el cuerpo hacia el lado y extendiendo el brazo para enseñarle lo increíble que es la vista. Todo está iluminado, aunque la neblina amenaza con impedirnos apreciarla. Le sonrío para transmitirle seguridad y confianza. Ella suelta los brazos y se sube sobre el capó sin mi ayuda. Temo que mi intento por ser un caballero sea visto de otra forma.

Me subo al capó también. Ella encoge las piernas y las rodea con sus brazos. Le ofrezco una manta de cuadros rojos que odio, pero que mamá ha conservado desde que yo tenía cuatro años. Ya ha pasado mucho tiempo como para intentar deshacerse de un pedazo de tela que tiene tanta historia.

Su mirada se pierde en la preciosa vista que tenemos. Antes de la ciudad, hay un inmenso lago que nos separa. La brisa hace presencia y yo muero por saber la razón por la que quería quitarse la vida. ¿En realidad mis palabras la hicieron cambiar de parecer? Nunca he sido tan persuasivo, ni siquiera lo había intentado. Me quedo mirándola sin darme cuenta de que estoy siendo bastante evidente. Quisiera saber su nombre.

—Me llamo Kyle —digo impulsado por mi curiosidad.

Ella inclina la cabeza.

—Soy Carly. —Su voz apenas es audible.

Asiento con la cabeza al escucharla. Su voz me da la confianza suficiente para continuar hablando.

—Carly es un lindo nombre.

Ella levanta la cabeza para mirarme. Sus ojos son profundamente cafés, casi negros. Aquella intensidad con la que me mira, causa algo en mi pecho y se me corta la respiración por un instante.

—El tuyo también.

Rio. Ella frunce el ceño sin entender la razón de mi risa.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes?

—Nada, solo que no tienes que decir que mi nombre es lindo porque yo haya dicho que el tuyo lo es.

—Pero... es cierto, es lindo.

—De acuerdo, lo que tú digas. —Pongo las manos al frente para indicarle que me rindo—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —contesta—, y seguramente tú tienes diecisiete.

Chasqueo la lengua y dejo caer la espalda sobre el capó. Miro hacia el cielo con desanimo.

—Sí, en siete meses cumplo dieciocho. Es mi último año en la escuela y apesta.

—¿No te emociona graduarte? —pregunta, acostándose boca arriba para ver el cielo también.

—Para nada —contesto sin dudar—, después de eso viene la peor parte.

—No me digas que le tienes miedo a las universitarias —bromea.

Su comentario me hace sonreír. Resulta que no es tan introvertida como pensé. Tiene sentido del humor.

—Ojalá fuera miedo a las universitarias...

No soy capaz de continuar con la conversación. Apenas la conozco como para contarle algo tan íntimo como lo que pienso de la vida y las cosas que constantemente me preocupan. Ni siquiera se lo he contado a mis amigos, menos a mi madre. ¿Por qué se lo contaría a una extraña? Ella debe pensar lo mismo de mí. Desde que subió al auto, no ha tenido la intención de decirme la razón por la que pensaba lanzarse al precipicio y actúa como si esa no hubiera sido la razón por la que nos conocimos y estamos aquí tendidos sobre mi auto, observando el cielo y la ciudad. Más bien se ve como si disfrutara de una cita con un chico que acaba de conocer en el supermercado tras chocar por tomarse más tiempo de lo usual al decidir cuál bebida llevar.

No me importa lo que ella esté pensando en realidad. Si puedo ayudarla a que olvide esa idea de quitarse la vida, entonces seguiré fingiendo que soy esa cita. Además, me siento a gusto justo ahora; distraído de las cosas que me agobian y de las que me sumergen en el abismo de mi desánimo.

—¿Sobre qué cosas hablas con tus amigos cuando vienen aquí? —pregunta, haciéndome volver a la realidad.

Agradezco que entienda que no quiero hablar del tema. Suspiro antes de contestarle.

—Cosas como: ¿seremos como nuestros padres al envejecer? ¿Tendremos una buena vida después de la universidad? ¿Funcionarán nuestros matrimonios si alguna vez nos casamos? ¿Será para toda la vida y tendremos hermosos hijos? Y cosas por ese estilo.

—Suenan demasiado filosófico y ansioso.

—Lo sé.

—¿No crees que es muy temprano como para estar pensando en esas cosas?

Giro la cabeza y la miro.

—Lo es, pero a veces es inevitable pensarlo —coincido y ella sesga los labios—. ¿Por qué querías lanzarte del puente?

Su expresión se endurece en cuestión de segundos y deja de mirarme.

—No quiero hablar de eso.

—Lo siento, no debí preguntarlo así.

Me incorporo para quedar sentado. Ella se sienta también.

—Descuida. Es lógico que quieras saberlo, pero no quiero hablar de eso hoy.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón.

—Lo siento, debo atender. Tal vez es mi mamá —me excuso al sacar el teléfono del bolsillo.

—Está bien, contesta.

No es mi madre, es Jackson. Y al ver su nombre en la pantalla, recuerdo que la razón por la que pude encontrarme con Carly fue porque iba rumbo a una fiesta. Aprieto los ojos, no encuentro forma de poder zafarme de esa situación sin ser cuestionado. Doy un salto del auto para caminar unos pasos hacia adelante. Contesto la llamada y me pongo el teléfono en la oreja. Carly vuelve a recostarse boca arriba sobre el capó.

—Hola —contesto y trato de hablar lo más bajo posible.

—Amigo, ¿dónde estás? Todo el mundo está preguntando por ti. Tuve que decirles que pasaste al supermercado por unas cervezas, pero no podré seguir diciéndole eso a todo el que me pregunte por ti.

Me masajeo la frente. Su voz suena bastante fuerte a causa del ruido que lo acompaña.

—Pues diles que no iré, con eso no tienes que mentir.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Cómo que no vendrás? Naomi está esperándote, ya se está aburriendo. ¿Qué pasa contigo, Kyle?

Ah, cierto... Naomi. Tengo un serio problema de distracción y retención de información algunas veces. Y por la manera en la que Jackson me está hablando, está enojado. Él siempre quiere hacerme quedar bien delante de los demás, quiere incluirme en ese mundo de la popularidad y que todos vean al grandioso Kyle como alguien que no pasa desapercibido. Lo aprecio, de verdad, pero no le pedí que lo hiciera. No me gusta ser el centro de atención en ninguna parte. Entre más calmadas y tranquilas sean las cosas, mucho mejor para mí.

—Es que se presentó un inconveniente, algo que se sale de mis manos. No puedo ir, lo siento.

—Kyle, hermano, prometiste que vendrías y tú cumples tus promesas. Así que trae tu pequeño y duro trasero hasta la cabaña o no entrenaré contigo por un mes entero.

—No hablas en serio... ¿Jackson? ¿Hola?

Miro la pantalla del teléfono. Ya había colgado la llamada. El punto no es si voy o no voy a la fiesta. El punto es que no quiero dejar a la chica sola. Giro el cuerpo y la veo sentada sobre el capó. Sus manos lo sujetan en la parte de adelante para sostenerse. Me está mirando a la expectativa, seguramente escuchó todo.

—No era mi madre —digo, mostrándole mi celular.

—Lo sé. Era tu amigo, el de la fiesta a la que me invitaste.

—¿Quieres venir?

—No. No conozco a tus amigos, tampoco quiero encontrarme con alguien de mi escuela. Ve tú, se nota que la fiesta no puede continuar sin ti.

—Mis amigos son unos idiotas, no les prestes atención. No tengo que ir, de verdad. Hacen cientos de fiestas todo el tiempo, puedo quedarme contigo.

—¿Por qué? ¿Por qué te quedarías conmigo?

No soy capaz de decirle que me preocupa que, al irme, ella quiera volver a intentar suicidarse. El cargo de conciencia no me dejaría dormir en las noches sabiendo que pude haber hecho mucho más que asistir a una tonta fiesta para evitarlo.

No le contesto nada. Las palabras parecen no encontrar su camino.

—Descuida —dice y da un salto para quedar de pie—, estaré bien. Iré a casa y mañana será un nuevo día.

—Puedo llevarte.

—No es necesario. Puedo quedarme en la gasolinera, le diré a mi hermano que me recoja.

—Puedo esperar hasta que tu hermano llegue.

Carly se queda callada e inclina la cabeza. Da un paso hacia adelante y comienza a caminar hacia mí. Se detiene al quedar a medio metro de distancia más o menos y levanta la cabeza para verme.

—Puedo pedirte que te quedes más tiempo conmigo, que aprecio lo que haces por mí, o que me lleves a casa, pero nada te asegura que después de esta noche, no volveré a intentarlo. Aunque quieras cerciorarte de que esté sana y salva esta noche, no sabes lo que pasará mañana. Solo te queda confiar en mí.

La triste y nostálgica realidad me da una bofetada. Escuchar la verdad es demasiado cruel. Haber evitado que saltara, en realidad fue en vano. Ella no tiene intención de abandonar esa idea.

—Pues entonces no me moveré de aquí. Llamaré a la policía y no te dejaré ir hasta que ellos lleguen y te lleven a un lugar seguro.

Carly sonríe y menea la cabeza.

—Bastante justo. Hagamos un trato. Nos vemos mañana después de clases en la gasolinera.

—Bueno, es difícil poder confiar en ti después de lo que quisiste hacer y lo que dijiste hace unos segundos.

—Tranquilo, soy del tipo de personas que cumple sus promesas.

Extiende su mano para que la estreche y así cerrar nuestro acuerdo. Lo hago dudando de todo. No tengo otra opción más que creerle.

Me detengo en la gasolinera. Está a punto de bajarse del auto y me lleno de ansiedad.

—Gracias por lo que hiciste hoy —dice, soltando el cinturón de seguridad.

—Está bien. No tienes por qué.

Su cuerpo se dobla hacia un lado y me da un beso en la mejilla derecha. Me sonríe e intento hacer lo mismo, pero siento que fallo en el intento. Abre la puerta del copiloto. Sale del auto y antes de que cierre la puerta, tengo que hablarle:

—¿Podrías darme tu número de teléfono? Para saber que llegaste bien.

Carly cierra la puerta y se inclina hasta dejar los brazos sobre la ventana.

—Descuida, sé dónde encontrarte. Eres popular en tu escuela, ¿lo olvidas?

Su comentario me hace sonreír.

—¿A qué escuela vas? —le pregunto.

Encoge los hombros con picardía y vuelve a enderezar su cuerpo.

—Buenas noches, Kyle —contesta, evadiendo mi pregunta.

Se aleja unos pasos para que yo encienda el auto y lo ponga en marcha. No quiero hacerlo, pero ella sigue mirándome a la expectativa de que lo haga. No parece ansiosa, todo lo contrario. Su rostro no expresa más que serenidad.

Lo pongo en marcha, giro para volver por el mismo camino para dirigirme a la cabaña y la veo marcando un número en la cabina del teléfono público. Está llamando a su hermano, o eso es lo que espero que haga. Ya la perdí de vista y me detengo con brusquedad. Quiero volver, lo pienso dos veces. Lo hago, pero cuando llego a la gasolinera, ella ya no está. Me muerdo el labio inferior con ansiedad. Nunca me había sentido tan angustiado por alguien o algo como lo que me está pasando en este momento. Doy reversa y me dirijo a la cabaña. Me aferro a la idea de que mañana volveré a verla después de clases en la gasolinera.

Todo es predecible, excepto tú

La música se escucha a kilómetros de distancia. No es clara, es un bum, bum, bum que golpea mis oídos y hace retumbar los vidrios de las ventanas del auto. Meneo la cabeza con desaprobación desde ya porque sé lo que me espera. Exhalo resignándome. Solo ruego que Naomi no sea pesada y en realidad podamos hablar tranquilamente. No estoy diciendo que espero que pueda existir algo entre los dos. Solo quiero poder tener amigas sin que surjan malentendidos. Me estaciono en medio de un grupo de autos que están a un costado de la cabaña. En realidad, ese lugar es tan enorme que no parece una cabaña. La familia de Kevin tiene dinero, son empresarios y esas cosas. Los padres de Jackson tienen negocios propios: tres cafés en la ciudad a los que les va muy bien. Trabajé por un año completo en uno de esos cafés para ayudarle a mi mamá con algunos gastos, pero luego tuve que dejarlo porque los entrenamientos en la escuela se volvieron cada vez más pesados y el cansancio ya no me dejaba rendir en todas las cosas al mismo tiempo. Desde entonces, mamá hace turnos dobles en el hospital para poder hacerse cargo de todo ella sola, es enfermera. Odio que tenga que hacerlo y que a veces durante la cena, sus ojos empiecen a cerrarse como si ya fuera a quedarse dormida. Yo no quería entrar al equipo de fútbol, fue idea de mi mamá. Ella dice que, si lo hago bien, me darán un beca y podré ir a una buena universidad. Todos mis problemas se solucionarán y tendré la vida que ella nunca podrá darme. También odio que diga eso, pero le llevo la idea porque el padre de Jackson me dice que todos los padres solo quieren ver que sus hijos sean felices y no les falte nada. Mis amigos tienen el privilegio de elegir la universidad a la que quieran ir, no tienen los problemas económicos que tengo yo, ni pasan por las necesidades que paso yo. Está bien, no tengo envidia. Ellos son los mejores amigos que he podido tener en la vida. A veces siento que no los merezco, y la única razón por la que les llevo la idea en cuanto a fiestas, viajes y locuras que se les ocurre, es porque siempre se comportan demasiado bien conmigo. Me tratan como a un hermano. No les importa si no tengo dinero, ni estoy a la altura social de ellos. Incluso sus padres me tratan a mí y a mi madre como si fuéramos de la familia.

Salgo del auto y al cerrar la puerta, se escucha un gran alboroto cuando todos me ven. Tengo que inclinar la cabeza porque me da vergüenza que hagan eso. Ryan, el primo de Kevin, se asoma por la puerta del frente con una sonrisa más grande que sus dientes.

—¡El campeón de campeones ya está aquí! —grita con fuerza y todos los demás dejan salir un grito de victoria.

Algunos se acercan y me toman de los brazos y las piernas para levantarme.

—¡Kyle! ¡Kyle! —gritan al unísono.

—Ya basta, chicos. Bájenme —les pido con humildad.

Pero todos ignoran mis peticiones. Continúan llevándome cargado hasta la puerta de la entrada donde está Ryan esperándome. No deja de sonreír y lucir esos perfectos dientes blancos que resaltan sobre su piel morena. Los chicos me sueltan y logro poner los pies en el suelo otra vez. El alboroto continúa, parece que nadie va a superarlo.

Ryan levanta su mano para que yo la estreche, y al hacerlo, estrechamos el pecho también en un intento de abrazo.

—¡Vaya fiesta que estás dando! —admiro al sonreírle.

—¿De qué hablas, viejo? —Me da un puño ligero en el pecho al lado derecho—. Esto es por ti, no seas modesto.

—Ya basta, no hagas eso —niego de inmediato al enseñarle el dedo índice y caminar al interior.

Ryan me sigue.

—Amigo, son tres victorias consecutivas. Toda la maldita ciudad debería estar celebrando esto —replica con entusiasmo.

Jackson está al fondo. Puedo verlo porque tiene puesta la chaqueta del equipo y resalta en medio de los otros chicos que lo rodean. Por todos los gestos y expresiones que hace, puedo ver cómo le cuenta a los demás la hazaña del partido en los últimos minutos.

Meneo la cabeza al inclinarla. No sé si es peor escuchar a Ryan halagarme como lo hace, o a Jackson por querer contar la historia una y otra vez.

—Prepárate, viene la mejor parte —me advierte Ryan al apretarme los brazos.

Parece estar emocionado también, tal como lo están los chicos que escuchan a Jackson con mucha concentración. Yo no estoy acostumbrado a esto, a pesar de que soy el capitán del equipo desde principio de año.

—Le lancé el balón a Kyle y lo atrapó en el aire como si fuera Superman elevándose para comenzar a volar por los cielos. Nos encargamos del otro equipo mientras Kyle corría y corría imparablemente. Esquivó a todos los oponentes que se cruzaron por su camino, y...

Jackson hace una pausa y todos jadean alertados por el silencio que ha impuesto.

Rio bajito y giro el cuerpo para irme. No quiero seguir escuchándolo, pero Ryan me detiene y hace que vuelva para terminar de escuchar el relato.

—¡Es un maldito touchdown, amigos! —Jackson grita con emoción.

Todos dejan salir un grito de victoria al escucharlo.

—¡Los Halcones obtienen su tercera victoria consecutiva! —continúa gritando.

Al fondo alguien grita mi nombre y la multitud empieza con la algarabía otra vez. La mayoría se me acercan como si se tratara de una estrella de rock o un actor famoso de Hollywood. Me siento incómodo, pero intento ocultarlo.

—Gracias, chicos. Gracias —digo, tratando de aceptar sus cumplidos y palabras de admiración.

La gente comienza a dispersarse, mi espontáneo amigo se acerca y me da un abrazo.

—¡Eres un idiota! —enfático al recriminarlo.

—Amigo, eres como un dios para esta gente. Solo disfrútalo.

—¿Cuántas veces has contado esa historia esta noche?

—Mmm, solo un par de veces... tal vez cuatro o cinco.

Rio meneando la cabeza. Me doy por vencido con él.

—Vamos, Kyle, necesitas tomar algo —interviene Ryan.

Después de ese alboroto que armaron Jackson y Ryan, no pasa nada más interesante. La música a todo volumen, muchos bailando, algunos otros haciendo de las suyas en el sofá del salón donde está la chimenea, otros tomando un descanso con bebidas en el jacuzzi, y otros dormidos en las escaleras o en el patio trasero.

Jackson me presenta a Naomi. Es linda físicamente. Tiene el cabello rubio y los ojos azules. Sus labios están pintados de un rosa delicado y huele muy bien. Cuando me da un beso en la mejilla para saludarme, Carly pasa por mi mente. Parece que está nerviosa. Tal vez toda esa cuestión del jugador estrella y tanta fama que supone existe alrededor de mí, la hace pensar que soy un chico difícil de conquistar o, por el contrario, que soy un mujeriego.

Jackson me deja a solas con ella. Antes de marcharse me mira con complicidad y guiña el ojo derecho, apretando su labio inferior con los dientes. Tiene esa sonrisa estúpida y perversa. Lo conozco, sé por qué me mira así. Esa expresión quiere decir: «diviértete», pero la diversión para Jackson es diferente a como yo la veo. Si fuera él en mi lugar, estaría yendo con Naomi al piso de arriba para tener sexo con ella, y claramente es algo que no haré.

Le ofrezco una bebida a Naomi y ella acepta. Voy a la cocina por ponche o una soda, supongo que ella no bebe. Su rostro luce muy angelical como para creer que es de esas chicas a las que les gusta embriagarse hasta perder la conciencia. Regreso a las escaleras de la entrada y aún sigue ahí, esperándome. Le entrego una soda y le da un sorbo de inmediato. Me quedo observándola. ¿Cómo es posible que Jackson conozca a alguien tan dulce como ella?

—¿De dónde conoces a Jackson? —No aguanto la curiosidad.

—Es amigo del novio de una de mis compañeras de clase. Algunas veces va a la escuela y así nos conocimos.

Me sorprende que Jackson no la hubiera mencionado antes, o que no nos hayamos visto cuando me pedía que lo acompañara a recoger a Spencer. Así es como se llama el novio de la chica que Naomi mencionó.

Hago un gesto de afirmación para concluir ese tema. No me parece que hablar de otros sea un buen inicio.

—¿Te gustan las fiestas? —pregunta, cambiando de tema.

Su pregunta me sorprende. De todas las chicas que Jackson me ha presentado, ciertamente Naomi es diferente. Su manera de expresarse, el tono de su voz al hablar, sus gestos, su expresión corporal. Nada parecido a lo que estaba acostumbrado a ver. No quiero juzgarlas, pero después de ofrecerles una bebida, asumían que quería acostarme con ellas. Me quedo pensando si en realidad me gustan las fiestas o solo no me sientan bien cuando mis amigos se empeñan en convertirme el centro de atención.

—Me gustan, solo que a veces me abruma un poco.

—¿Te abruma ser el centro de atención?

No puedo evitar dejar de mirarla.

—Algunas veces —contesto y bajo la mirada a la madera.

—¿Crees que alguna vez te acostumbrarás?

Niego con la cabeza.

—Solo tengo que soportarlo hasta graduarme.

Naomi sonríe con complicidad y yo hago lo mismo.

Mi celular vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón. Cuando miro el número en pantalla,

frunzo el ceño. No reconozco el número, pero me inquieta saber que puede ser Carly. Le pido a Naomi que me dé un momento para contestar la llamada y ella asiente sin problema. Me alejo del ruido adolescente lo que más puedo y contesto. Por alguna razón tengo el corazón acelerado. Inhalo y exhalo para controlar la respiración y que mi voz no se entrecorte a la hora de hablar.

—Hola —digo al contestar la llamada.

Se escucha un sonido inusual al fondo. Como si quien llamara estuviera en la calle y en las montañas al mismo tiempo. Es una mezcla del ruido común de la ciudad y la interferencia de la mala recepción.

—Hola, tú —me contesta.

Es la voz de Carly. Suena un poco opaca y ahogada por la mala recepción. Cierro los ojos y abro la boca para suspirar aliviado. Toda la algarabía de la fiesta no me había dejado pensar en cómo me sentiría al tratar de dormir solo en mi habitación sabiendo que la había dejado sola.

—¿Carly? —pronuncio su nombre porque quiero estar seguro de que es ella.

Ella ríe sutilmente al escucharme.

—¿Quién más podría ser? —pregunta como si fuera obvio. Yo sonrío—. Ya estoy en casa, sana y salva como tú querías.

—¿Cómo conseguiste mi número?

—Tengo mis contactos.

Su respuesta vuelve a hacerme sonreír.

—¿De dónde me llamas?

—De un teléfono público. Hay varios cerca de donde vivo.

Frunzo el ceño. ¿Teléfono público? No cuestiono sus acciones, pero es curioso cómo prefiere ciertas cosas pasadas de moda en lugar de las modernas.

—Está bien. Te veré mañana entonces, ¿verdad?

—¡Claro! Después de clases, en la gasolinera.

—Está bien. Descansa.

Mi llamada con Carly termina y cuando giro el cuerpo, veo a Naomi sentada en las escaleras de la entrada de la cabaña. Sostiene la soda, está sola y por su expresión facial, parece aburrida. Aprieto los labios al verla. Me siento mal por lo que acabo de hacer. Dejé sola a una chica por ir a hablar con otra. Me dirijo a las escaleras para volver con Naomi. Me siento junto a ella y la miro, esperando que haga lo mismo, pero no lo hace.

—Lo siento. No debí dejarte sola, discúlpame.

Naomi gira la cabeza y me mira. Me dedica una angelical sonrisa.

—No te preocupes, solo fueron unos minutos.

Le muestro una débil sonrisa porque, aunque me diga que no me preocupe, no dejo de sentirme mal.

—¿Qué te parece si vamos a dar un paseo mañana después de clases? —propone y parece que le cuesta hacerlo.

Cierro los ojos, empuñando las manos.

—Lo siento, mañana no puedo. Ya tengo planes.

—Oh. —Su rostro palidece—. Está bien, no pasa nada... Creo que iré al baño.

Naomi se levanta. La situación dio un giro inesperado. No lo arruinó ella como esperaba que pasara, lo arruiné yo. Me levanto también y hago que se detenga al sujetarle el brazo con suavidad. Entiendo que lo único que quiere hacer es huir porque la vergüenza no la deja mirarme a la cara. Le pido su número para escribirle y planear algo luego. Su mirada es muy dulce, a

pesar de que el color no ha vuelto a su rostro. Me mira atónita al escucharme, pero termina por hacerlo. No hago que se quede, ella insiste en ir al baño, y ya sería extraño tratar de hacer como si nada hubiera pasado. Así que me resigno a lo sucedido con la esperanza de compensárselo después.

—Lo siento —dice al girar el cuerpo para mirarme.

—¿Por qué te disculpas?

—Por juzgarte. Todo aquí es predecible, excepto tú.

Sus palabras me quitan el aliento, nadie me había dicho algo así en toda mi vida. No sé qué decirle y ella nota mi desconcierto porque se ríe tras el silencio que impongo. No lo hace de manera burlona. Es una risa tierna y llena de complicidad.

—Buenas noches, Kyle. —Se despide de mí.

—Buenas noches, Naomi.

Dejo salir una bocanada de aire cuando la pierdo de vista. Paso las manos por detrás de mi cabeza y me quedo pensando en todo. Qué noche más extraña la de hoy.

Amor a primera vista

Veo a Carly al detenerme frente a la gasolinera. Levanta una mano al verme para saludarme. Sonríe con amplitud. Podría jurar que es la sonrisa más hermosa que he visto. Hoy se ve diferente. Su cabello está perfectamente liso y un par de broches de mariposa adornan el lado derecho de su cabeza. Se aplicó un poco de maquillaje, pero no mucho. Apenas se puede notar el brillo en sus labios y el rubor en sus mejillas. Se ve como alguien feliz, como alguien que nunca haría pensar a los demás que quiere quitarse la vida. Abre la puerta del copiloto y se sube.

—Hola, extraño —me saluda con diversión.

Su espontaneidad me hace sentir tímido, pero emocionado.

—Hola.

Carly descarga su bolso sobre las piernas. Hay una pequeña bolsa de papel colgando de su muñeca derecha. Me la entrega, esbozando una enorme sonrisa. Sus ojos brillan.

—¿Qué es esto? —pregunto, sujetando la bolsa.

—Es para ti.

Miro el interior de la bolsa con curiosidad. Es un pequeño reproductor de cintas de casete rectangular y un casete transparente. Levanto la vista a los ojos de Carly. Nadie me había obsequiado algo antes. Solo mamá y mis amigos por mi cumpleaños. Un reproductor de cintas era algo nuevo.

—¿Te gusta? —pregunta ella, apretando su labio inferior con los dientes. Tiene las manos unidas debajo de su mentón.

—Es un poco anticuado —bromeo. Carly ríe y me da un golpe en el brazo—, pero me encanta. No debiste comprarme esto.

—No lo compré. En realidad, es mi reproductor y el casete es de mi cantante favorito: Dean Lewis. Quiero obsequiártelo por lo que hiciste por mí ayer. Ahora tienes algo mío que significa mucho para mí.

Así como las chicas pueden contradecirse constantemente, tienen el poder de hacernos sentir vulnerables y especiales en cualquier momento. Me siento mal porque ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de comprarle un obsequio, al menos flores. Todas las chicas aman las flores, eso dice mamá.

—Carly, yo...

—Shhh —sisea al poner el dedo índice sobre sus labios—, no tienes que decir nada. Solo escucha las canciones y luego me dices qué te parecen. ¿A dónde vamos?

—Es... una sorpresa.

—Bien, me gustan las sorpresas —dice, haciendo palmas.

Enciendo el auto y lo pongo en marcha. Carly se abrocha el cinturón de seguridad, acerca su mano a la radio y la enciende, comienza a buscar una buena canción hasta que se queda con una de Bruno Mars. Viste un jean ajustado, botas cortas y una blusa de mangas largas. Encima trae una chaqueta de cuero color café. Pienso que tiene buen gusto para vestir y me pregunto cuál será su papel en la escuela a la que va. ¿Del grupo de las populares o de los que se hacen en las sillas de atrás en silencio hasta que suena la campana?

—¿Ya comiste? ¿Tienes hambre? —Me surge la inquietud de repente.

—La verdad es que no. La comida de la escuela es horrible.

Sonrío de medio lado.

—Intenta decírselo al director. —Hago un chiste al mirarla por un segundo y levanta las cejas para seguirme la corriente.

Me dirijo al McDonald's más cercano y compro dos hamburguesas con papas fritas y Coca-Cola. Sigo conduciendo por la ciudad y me detengo a unos metros de distancia de mi escuela por la parte de atrás: la secundaria Lincoln. A esta hora está completamente solo. Estará el conserje terminando de limpiar, pero pasaremos desapercibidos si logramos ser sigilosos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta confundida.

—Ya lo verás —contesto con misterio.

Suelto el cinturón de seguridad y ella hace lo mismo. Bajamos del auto y le indico que haga silencio al poner mi dedo índice sobre mis labios. Sujeto su mano, en la otra traigo la bolsa de la comida y la manta de cuadros rojos que odio. Tensiono el cuerpo rogando en mis pensamientos que la reja no esté cerrada. A veces olvidan poner el candado y cualquiera puede escabullirse. ¡Bingo! Lo olvidaron. Hago que Carly entre primero, miro hacia un lado y luego al otro para cerciorarme de que nadie nos esté viendo cometer vandalismo estudiantil, como diría el director de la escuela. Doy un paso adentro y paso el cerrojo cuando ya hemos cruzado. Carly se queda parada en el mismo lugar y cruza los brazos. Parece no entender mi plan. La miro, le sonrío y bajo las gradas. El campo de juego se ve enorme. El césped está limpio, lo podaron y limpiaron esta tarde después del entrenamiento. Salto por encima de los barrotes que dividen las gradas del campo, hago un volantín en el aire y caigo de pie. Perfecto como para intentar impresionarla. La miro y me doy cuenta de que lo logré.

—¿Qué haces ahí parada? Ven aquí —vocifero para que pueda escucharme.

Carly aprieta los labios y suelta sus brazos para bajar las escaleras. Llega hasta mí y aunque está emocionada, sigue confundida.

—¿Por qué me trajiste a tu escuela?

—Técnicamente no estamos *en* la escuela. Estamos en el campo de juego —objeto, extendiendo los brazos hacia los lados para enseñarle todo el espacio que tenemos—. No hay nadie, es nuestro por esta noche y todas las que queramos.

Carly me mira como si lo hubiera descifrado.

—¡No es cierto! ¿Eres el capitán del equipo?

Chasqueo los dedos para celebrar su acierto y luego hago una reverencia doblando el cuerpo hacia adelante. Carly se ríe.

—¿Se supone que debería estar impresionada?

—Bueno, esperaba que un poco.

Vuelve a reír y sonrío creyendo que la hago sentir bien.

—¿Lista para una increíble velada? —pregunto, doblando mi brazo para que enganche su mano.

—¡Lista! —exclama.

Pasa su mano por mi brazo y nos dirigimos al centro del campo de juego. Ahí extendiendo la manta y descargo la comida. Carly se sienta a un extremo y yo me siento frente a ella. Le entrego una de las hamburguesas, una Coca-Cola y una cajita de papas fritas. No comía comida rápida hacía meses, desde que inició el año para ser exacto. En ese momento entré al equipo de fútbol y el entrenador vio potencial en mí. Las dietas estrictas venían con el paquete si aceptaba ser el capitán. Ya estaba olvidando el sabor de la carne mezclada con salsa de tomate y queso fundido, hasta que Carly mencionó que no había comido nada y pensé que era la excusa perfecta. Las papas fritas son mis favoritas. Pedí dos porciones extra en el pedido para poder comerlas todas. Carly dice que nunca había conocido a alguien que comiera tantas papas como yo. Me siento orgulloso y halagado por ese comentario, aunque tal vez lo haya dicho con otra intención.

Terminamos de comer y nos tiramos sobre la manta para escuchar las canciones de su casete. El álbum se llama “A place we knew” y se estrenó este mismo año. Carly tiene un audífono en su oído derecho y yo tengo el otro en el izquierdo. Después de cinco canciones y un resumen de cada una de ellas, me dejo llevar por lo que me transmite su voz: una melodía desgarradora, pero consoladora. Entiendo por qué es su cantante favorito, no es algo común, tal vez por eso no había escuchado de él. Acabamos de escuchar el casete y recogemos todo. Carly empaca la basura y yo doblo la manta para dejar todo organizado. Mi mamá siempre ha sido muy estricta con el orden y la limpieza, y no hay manera de que yo sea lo opuesto. Desde muy pequeño me enseñó a ser así y siempre, cada vez que termino de hacer algo, me cercioro de dejar todo como estaba antes.

Le enseño a Carly cómo jugar fútbol americano. Lo básico: cómo defender, cómo atacar, y qué habilidades se necesitan para poder ser capitán de un equipo de fútbol. Nadie me había preguntado lo que se siente, hasta que Carly lo hizo. Siempre quise decirle a alguien que la responsabilidad de tener un buen juego y ganarlo, cae sobre mis hombros y pesa mucho más que la responsabilidad de pasar los exámenes finales. Ella evita que sigamos hablando de cosas que nos hacen sentir abrumados, me quita el balón y corre para huir de mí. La velocidad con la que lo hace es demasiado lenta, parece que quiere que la alcance. Así que lo hago. Corremos por todo el campo, de vez en cuando grita con discreción al sentirse atrapada. Nos tiramos en la hierba y el tiempo pasa hasta que el cielo se oscurece. Las lámparas que rodean el campo lo iluminan con una fuerte luz blanca que pretende cegarnos. Volvemos a las gradas y nos recostamos de manera horizontal en las escaleras. Mi cabeza toca la suya y desde ahí podemos ver las estrellas en el cielo. La brisa corre con suavidad, pero no deja de sentirse fría. Se supone que estamos buscando constelaciones, pero no tenemos suerte de encontrar ninguna hasta ahora.

—¿Te gusta vivir en Portland? —pregunta sin apartar la mirada del cielo.

—Sí, creo que sí. ¿Y a ti?

—No lo sé. Creo que mi alma es más neoyorquina.

Rio.

—¿Entonces te gusta el caos?

—Supongo que sí. Vivir en una ciudad grande mantiene tu mente ocupada.

—¿Entonces irás a Nueva York cuando te gradúes?

—No lo había pensado, pero tal vez sí.

Su voz no suena segura.

—¿Qué quieres estudiar?

Se gira para quedar boca abajo y hago lo mismo porque su mirada está sobre mí.

—Aún estoy en quinto y creo que tengo suficiente tiempo para descubrir qué quiero hacer. No me gusta sobre pensar las cosas. Trato de evitar el estrés.

Su mentón descansa en sus brazos. Sus piernas están flexionadas y se mueven en el aire aleatoriamente. Me hace sentir que tengo un problema de ansiedad que debo solucionar lo más pronto posible porque yo todo el tiempo estoy pensando qué hacer con mi vida.

—Parece que lo tienes todo bajo control —digo entre dientes.

Carly levanta las cejas.

—No te confíes. A veces tengo mis momentos de ansiedad rabiosa.

Sonrío y ella también.

Se incorpora. Sus piernas se doblan para sentarse frente a mí. Pasa su cabello por detrás de las orejas y se muerde el labio inferior. Intuyo que quiere decirme algo por cómo me mira.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que sea —contesto, encogiéndome los hombros con ligereza.

—Cierra los ojos.

Aprieto los labios para reprimir una sonrisa. Me emociona descubrir lo que trama. Asiento con la cabeza y cierro los ojos como me lo pide. Siento su mano en mi pecho, justo al lado izquierdo. Espero unos segundos, pero solo hay silencio, entonces abro los ojos y lo primero que veo son los suyos. Su rostro se cubre de concentración. Ella me mira y me aterra lo que estoy empezando a sentir. De repente el frío me atrapa el cuerpo con más intensidad y los latidos de mi corazón se disparan como si tuviera una descarga de adrenalina. Paso saliva, me siento nervioso. Qué debería hacer ahora que está tan cerca de mí. Siento que quiero besarla, que sus labios se ven provocativamente tiernos. Ella sonríe al darse cuenta de que mi corazón pasó de estar tranquilo a enloquecer. Vuelve a mirarme y acerco mi rostro al suyo. La sonrisa en su cara desaparece al darse cuenta de lo que voy a hacer, pero no hace nada para detenerme. Quita su mano y yo paso mis dedos por sus mejillas. Carly cierra los ojos al sentir el contacto de mi piel con la suya. Entonces me inclino y ella abre los ojos de nuevo. Puedo sentir su tibia respiración en mi cara.

—Nunca he besado a alguien —susurra sin mirarme a los ojos.

Pongo mi mano en su mejilla derecha y hago que me mire.

—Está bien —susurro también.

Mis labios estrechan los suyos con suavidad. Cuando separo mis labios de los suyos para besarla con más profundidad, siento sus labios húmedos. Sus manos sujetan mi cuello y después de dejarme que la guiara, parece que ya sabe cómo hacerlo sin necesidad de que la ayude. Fue un beso de solo cinco segundos, pero no es el tiempo lo importante, sino lo que causa ese pequeño instante.

Mi celular vibra en el bolsillo de mi pantalón. Solo es un mensaje, así que no me molesto en apresurarme por verlo, pero vuelve a vibrar otra vez, y otra vez. La magia de aquel momento ya ha terminado. Saco el celular y me doy cuenta de que son mensajes de Jackson y Kevin preguntándome dónde estoy. Tensiono la mandíbula, olvidé decirles que no nos veríamos hoy. De cualquier forma, los ignoro. Es más importante para mí lo que está pasando ahora.

—Ya debo irme —anuncia, desvaneciéndose mi felicidad.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya es tarde. Mi mamá debe estar preocupada.

—Está bien, te llevo.

—No. Puedo quedarme en la gasolinera. Mi hermano vendrá por mí, se lo pedí antes de encontrarnos.

Se impone un silencio incómodo en medio de los dos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no puedo llevarte a tu casa? ¿Pasa algo malo? —Rompo el silencio al fin.

—Nada. —Sacude la cabeza—. Solo llévame a la gasolinera, por favor.

Carly inclina la cabeza y cruza los brazos. Veo como su cuerpo se encoge por la incomodidad. Alineo los labios y suspiro resignado.

No hablamos durante todo el camino. La miro de reojo algunas veces, pero ella no me mira. Sigue ensimismada y con la cabeza inclinada. Juega con sus pulgares y más que expresar seriedad, es aflicción lo que refleja. Llegamos a la gasolinera y me detengo. Mantengo las manos en el volante, esperando. Carly no hace ningún movimiento y me preocupa ver que mantiene la misma expresión.

—¿Estás bien? —pregunto, poniendo mi mano derecha en su brazo izquierdo.

Ella asiente con la cabeza, pero sin pronunciar una palabra.

—Lo siento —digo, pensando que no debí besarla. Era muy pronto.

Carly levanta la cabeza al fin y me mira.

—¿De qué hablas? —Sonríe, frunciendo el ceño—. Fue la mejor cita que he tenido.

¿Dijo *cita*?

—¿Puedo verte mañana? —continúa.

Siento que algo me atraviesa el pecho.

—Claro.

Carly me enseña una débil sonrisa.

—¿Mañana después de clases, aquí?

Asiento sin objetar y Carly suelta su cinturón de seguridad. Se acerca a mí y me da un beso en los labios. Puedo sentir su olor, es una mezcla de vainilla y frutos silvestres.

Abre la puerta del copiloto, pero antes de bajarse vuelve a mirarme. Saca una bolsa de Balenciaga de su bolso y extiende la mano para entregármela.

—Es tu ropa. La lavé y también la planché.

—No debiste hacerlo.

—Deja de decir esas cosas.

Recibo la bolsa sin chistar. Me sonrío una última vez y cierra la puerta cuando sale. Saco la ropa de la bolsa para apreciar su aroma. Huele a detergente y suavizante de manzana verde. Me quedo mirándola parada frente al auto, con sus manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. De nuevo siento esa sensación que me dice que no debería dejarla sola, que debería quedarme hasta que su hermano venga a recogerla, pero levanta la mano para despedirse y me pide que me vaya. Ahora la serenidad y la tranquilidad cubren su rostro y aquello calma mi preocupación. Pongo el auto en marcha, y Carly y la gasolinera desaparecen de mi vista. Cada cierto tiempo veo por el espejo retrovisor, como si eso fuera a servir de algo, como si creyera que al hacerlo voy a verla a ella en el asiento trasero, o en la carretera. Meneo la cabeza, estoy perdiendo la razón. Mi celular vibra y lo reviso de inmediato para dejar de preocuparme con exageración. Es mi madre, quiere saber si voy a tardar porque acordamos que se llevaría el auto. Su turno empieza a las ocho de la noche y termina al día siguiente a las ocho de la mañana. Le escribo que estoy a treinta minutos de casa y no tardo. No me dice nada más y la corta conversación que tuve con ella, deja mi

mente libre para continuar pensando en Carly. Enciendo la radio y escucho música hasta llegar a casa. Mamá está recostada en el sofá de la sala, el televisor está encendido, pero ella está profundamente dormida. Toda la casa está sumergida en la oscuridad, la única luz que se puede apreciar es la que proviene del televisor. La observo por unos segundos, se ve cansada, a pesar de que durmió, descansó y se dio un baño de agua caliente. Miro la hora en mi celular, tiene el tiempo justo para salir de casa y llegar a tiempo al hospital, entonces me obligo a hacer lo que no quiero: despertarla.

—Mamá, ya llegué —anuncio con suavidad, frotando su brazo.

Ella abre los ojos y sonríe al verme. Pone su mano tibia en mi mejilla derecha.

—¿Dónde estabas? —pregunta somnolienta.

—Por ahí —contesto sin dar muchos detalles.

Mamá sonríe con picardía y yo encojo los hombros.

Se incorpora y se despereza. Yo enciendo la luz de la sala y apago el televisor. Cuelga las tiras de su bolso en el hombro derecho y me da un beso en la mejilla después de decirme que dejó mi comida en el horno.

—Cuídate —dice antes de cerrar la puerta.

—Tú también, mamá.

La casa se sumerge en el silencio y mi celular vibra en el bolsillo de mi pantalón. Es un número desconocido y deseo que sea Carly al otro lado del teléfono, como la noche anterior.

—¿Hola?

De nuevo se escucha ese ruido inusual: la interferencia. Si la llamada se corta, no podría volver a llamarla.

—Ya estoy en casa —dice después de varios segundos.

—¿Tu hermano fue por ti?

—Sí. Siempre lo hace. Es un poco sobreprotector.

—¿Corro el riesgo de que me golpee si me ve contigo?

Carly ríe y una sonrisa brota de mis labios. Me tiro en el sofá mientras espero su respuesta.

—Tal vez, un poco.

Me muerdo el labio inferior. No sé qué decirle y Carly tampoco continúa con la conversación. El ruido de la interferencia vuelve a escucharse, como si estuviera a punto de entrar una llamada a la nuestra.

—Ya debo irme. Solo quería llamarte para avisarte que estoy bien y que estoy ansiosa por verte mañana otra vez.

Sus palabras borran mi sonrisa y tengo que sentarme para procesarlo.

—Yo igual. Descansa.

No quise ser cortante, pero no supe qué más decir. Carly termina la llamada antes de que yo pueda hacerlo y me dejo caer en el sofá sobre mi espalda, clavando la mirada en la cubierta y pensando en que tal vez el amor a primera vista sí existe.

Quiero que tú me lo digas

He estado saliendo con Carly hace tres semanas. Todos los días después de clase nos vemos en la gasolinera. Exactamente a las seis en punto. A veces más temprano porque no entreno todos los días con el equipo. Al anochecer, la dejo de nuevo en la gasolinera para que su hermano la recoja. Media hora después, cuando ya estoy en casa, me llama desde un teléfono público para decirme que está en casa también. Es la rutina que empezamos y ahora hace parte de nuestra pequeña burbuja en la que decimos refugiarnos. Todas las tardes hemos ido al campo de fútbol de mi escuela. Nos tiramos boca arriba sobre el césped y escuchamos a Dean Lewis en el pequeño reproductor de cintas de casete que me obsequió. Me he pasado todo el día en la escuela con ese reproductor en el bolsillo de mi pantalón y auriculares en mis oídos para escuchar música. Siento que me veo interesante.

A pesar de que he disfrutado pasar tiempo con Carly en un lugar solitario y espacioso, hoy será diferente porque la llevaré a cine a ver una película romántica, sé que son sus preferidas y aunque no sean mis favoritas, puedo soportarlo por ella. Luego la invitaré al festival que habrá en la ciudad la próxima semana. Será la excusa perfecta para presentársela a mis amigos porque hasta el momento, no le he contado a nadie sobre ella, ni la he llevado a mi casa. Ella tampoco me ha llevado a la suya. No sé quién es su madre o su hermano, y tampoco sé sus nombres. Ni sé a qué escuela va. Todo lo que rodea a Carly se mantiene aún en secreto, pero no me molesta. Solo trato de entender, tal vez tres semanas sean poco tiempo para ella y aún no se siente lista. Es lo que me digo cuando intento tocar el tema y ella lo evade. No le doy más vueltas.

Voy saliendo de la escuela y me encuentro con Naomi. Siento que la cara se me pone caliente al verla. Viene con un grupo de chicas igual de hermosas a ella. Una diadema de color lila adorna su cabeza y deja ver su cabello más brillante. Me veo obligado a detenerme cuando noto que viene hacia mí.

—Hola. —Su voz suena entusiasmada.

Su sonrisa es mucho más grande de lo que ella puede imaginar. Es una sonrisa que contagia.

—Hola, Naomi. Lamento no haberte llamado.

—Oh, no te preocupes. Está bien.

El tono de voz que usa para excusarme por haber sido un idiota hace que me sienta aún peor. Sostiene un par de libros contra su pecho y no entiendo la razón por la que está en mi escuela. La suya queda casi al otro lado de la ciudad y no nos visitan frecuentemente a menos de que haya algún evento escolar.

—¿Qué te trae por aquí? —señalo los libros.

—Son para Jackson, me pidió que pasara a la librería. Los necesita para su clase de literatura —me explica sin problema.

—Sí, olvidó comprarlos ayer —menciono, recordando que se la pasó jugando video juegos toda la tarde.

Naomi ríe como si aquello fuera algo gracioso.

—Tal vez podamos ir a cine en la tarde —sugiere, invitándome de nuevo a salir.

Me mira a la expectativa de una respuesta positiva. Miro a sus amigas, quienes también me miran de la misma manera y no soy capaz de decirle que no.

—Eh, sí... ¿Podemos hablar a solas?

La sonrisa de Naomi se reduce, y aunque sabe que la decepcionaré otra vez, intenta mantenerse optimista.

—Claro —contesta, mirando a sus amigas.

Ellas dan un paso atrás y Naomi se acerca a mí. Nos quedamos a un extremo, donde se encuentran los primeros casilleros para los estudiantes. Acomodo la tira del bolso en mi hombro, retiro los auriculares de mis oídos para dejarlos alrededor de mi cuello, y paso saliva. Aunque sus amigas están relativamente alejadas, puedo sentir que escucharán todo lo que estoy por decir.

—Naomi, eres una chica muy especial y linda, pero... ahora mismo tengo la mente en otras cosas y no puedo...

No soy capaz de terminar la frase “no puedo salir contigo, seamos solo amigos”. Eso suena cruel solo con pensarlo. Aunque intenté no sonar como un idiota, para Naomi lo fue. Su sonrisa desaparece por completo y puedo notar que el brillo de sus ojos se apaga. Inclina la cabeza y se aclara la garganta.

—Lo siento, Naomi —le digo, sintiéndome terrible.

Ella levanta la cabeza y me mira sonriendo. Quiere verse como en un principio, pero no lo logra.

—No tienes por qué disculparte. Está bien —refuta, siendo comprensiva nuevamente—. Fui yo quien se precipito a querer salir sin preguntar primero si estabas disponible o no.

—No es que esté disponible o no. Es... es complicado.

Ella asiente, sonriendo.

—Supongo que te veré en alguna que otra fiesta —menciona y yo asiento, alineando los labios. —Cuídate, Halcón.

—Tú también.

Naomi me da la espalda para mirar a sus amigas quienes intentan disimular que nos miran con suspenso y las chicas caminan hacia ella. Yo doy un paso al costado y ellas siguen su camino.

Avanzo tres pasos sin prisa y la voz de Naomi me detiene:

—Kyle —pronuncia mi nombre y giro el cuerpo para verla—, si alguna vez necesitas a una amiga, sabes dónde encontrarme.

Asiento con la cabeza. Nos sonreímos mutuamente. La tensión que había entre los dos, ya se desvaneció. Soy parte del problema, pero también lo es Jackson. Cuando les habla a las chicas de mí, lo hace con la intención de que exista algo más que una amistad entre los dos, por eso siempre son tan lindas y amables conmigo. Por otro lado, no logro ser sincero la primera vez que nos conocemos y cuando las cosas ya han ido más allá de lo que imagino, es que soy capaz de poner un alto en el camino.

Carly y yo estamos sentados en las sillas de la penúltima fila. Hay mucha gente, en su mayoría parejas. Me siento incómodo porque me siento descubierto ante las intenciones que tengo. La película inicia y Carly está muy entretenida comiendo palomitas de maíz. Yo estoy nervioso. Esta mañana todo parecía tener sentido al momento de planear cada cosa, pero estar ahí frente a ella, lo cambia todo. La película se llama “A dos metros de ti”, se estrenó hace unos meses y aún sigue en cartelera. Intento disfrutarla como Carly lo hace, entonces busco verla desde otra perspectiva. La razón por la que no me gustan las películas románticas es por todo el drama que existe alrededor de los protagonistas y la manera como describen el amor; una manera en la que nunca alguien lo vivirá en la vida real. Me parece injusto y masoquista. Escucho un sollozo y giro la cabeza. Carly está llorando. Frunzo el ceño con angustia, pero luego menciona algo sobre la película y comprendo la razón de su llanto: el mejor amigo de la protagonista murió y aquello la tiene devastada. Nunca he podido entender por qué ven esa clase de películas si las hace llorar. Pongo mi mano sobre la suya, la que está libre sobre el reposabrazos. Su mano aprieta la mía con suavidad y siento que lo más difícil ya pasó. Yo lo tomo con una excusa para poder avanzar, pero ella solo lo ve como apoyo emocional ante la triste situación. Lo peor viene después, cuando el chico se despide de la chica porque él no puede estar cerca de ella. La mayoría de las chicas en la sala del cine, lloran desconsoladas. A mí se me hace un nudo en la garganta. Nos levantamos de las sillas en medio de los créditos y pienso que fue una mala idea haber escogido esta película. Recuerdo que cuando busqué en internet, tenía muy buenas reseñas, y esperaba que animara a Carly a creer en el amor y a querer tener una historia llena de romance, no lo opuesto.

Tengo las manos en los bolsillos de mi chaqueta. Algunos mechones de cabello ondulado caen sobre mi frente y pienso que ya necesito un corte. Lo peino hacia atrás, pensando en qué decirle a Carly. Estamos caminando por el pasillo hacia la salida en completo silencio. De vez en cuando Carly sorbe por la nariz y se abanica la cara para eliminar residuos de lágrimas en sus ojos y así evitar volver a llorar.

—Lo siento, esto no era lo que esperaba. Pensé que era una buena película —me disculpo para romper el hielo.

—¡Qué dices! Es más que una buena película, es perfecta. La amé —refuta, mirándome con lo que parece una expresión de satisfacción y tristeza al mismo tiempo.

Me confundo al notarlo.

—¿En serio?

—Sí, quería venir a verla. Me leíste el pensamiento.

—Pues todavía no logro entender por qué llorar por una película te parece divertido, pero podemos venir a ver las que quieras, cuando quieras.

Carly ríe.

Cruzamos la puerta de la salida. El frío nos congela las mejillas y Carly tiembla, encogiéndose. Me quito la chaqueta sin pensarlo y la pongo sobre sus hombros.

—Gracias —susurra mientras yo la acomodo para asegurarme de que esté bien abrigada.

Le sonrío. Estoy muy cerca de ella. Sus mejillas están rosadas por el frío y noto que me mira con profundidad. No se aparta para evitar la cercanía entre los dos. De repente deja de mirarme a los ojos, mira mis labios y yo me inclino para besarla. Mis labios rozan los suyos por al menos cuatro segundos y cuando me aparto, Carly aún tiene los ojos cerrados. Pongo mis manos en sus mejillas, vuelvo a besarla y siento que sus labios fueron hechos para encajar con los míos. Tan suaves, tan tiernos, tan perfectos que no quiero dejar de hacerlo, pero lo hago. Le ofrezco mi

mano y ella la sujeta. Caminamos despacio dirigiéndonos al centro. Su cabeza se recuesta en mi brazo de repente y siento que puedo acostumbrarme a esto todo el tiempo que sea necesario.

—El próximo fin de semana empieza el festival. Iré con mis amigos, y quiero que vayas conmigo para que te conozcan —le comento animado.

—Lo siento, no puedo ir —rechaza cortante, apartando su cabeza de mi brazo.

Frunzo el ceño en cuanto nos detenemos.

—¿Por qué no?

—No puedo decírtelo.

—¿Qué?

—Ya debo irme.

Carly se aleja a paso ligero. Me quedo ahí, confundido, sin entender qué fue lo que hice mal. Ella cruza la calle y tengo que correr para poder alcanzarla. La llamo para que se detenga, pero no lo hace. Apresuro el ritmo hasta que logro sujetar su brazo. Al fin se detiene.

—Oye, oye —le hablo para que deje de intentar zafarse de mi mano—, ¿qué es lo que pasa?

—Debo ir a casa —responde. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Solo es un festival. Quiero ir contigo, quiero que conozcas a mis amigos y que ellos te conozcan. ¿Cuál es el problema?

Carly aprieta los labios, haciendo lo posible por no romper en llanto.

—Ya te dije que no. Si quieres seguir viéndome, será de esta manera, porque no existe otra.

Empiezo a sentirme enojado por su manera de reaccionar y hablarme. Prácticamente lo que tenemos no existe, porque pasa bajo las sombras, en lo secreto, sin que nadie se entere o nos vea. La situación me frustra. Sin embargo, no respondo al rechazo. No tiene sentido volver a pelear por algo que hemos discutido muchas veces.

—Vamos, te llevo a casa —indico, sujetándola del brazo otra vez.

Carly se suelta porque no la sujeté lo suficientemente fuerte.

—Sabes que no puedes acompañarme. Llévame a la gasolinera, mi hermano me recoge.

Cierro los ojos, tensionando la mandíbula. La poca paciencia que me quedaba se agota al escucharla decir eso.

—¿Por qué no puedo llevarte a casa? ¿Por qué? —Alzo la voz y las lágrimas resbalan por las mejillas de Carly—. ¡Contéstame! ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué estás escondiéndome?

—No puedo decírtelo —solloza.

Empuño las manos producto de la impotencia.

—¿Por qué no puedes decírmelo? —bajo la voz, apretando los dientes—. Yo te he dicho todo sobre mí, pero tú nunca quieres decir nada. ¿Por qué no confías en mí?

—¡Sí lo hago! Nunca había confiado en alguien como confío en ti, es la razón por la que sigo viéndote cada día, y cuento los minutos con ansiedad deseando que llegue el momento en el que apareces en la gasolinera. Es lo que hace que todo tenga sentido para mí.

—Dime qué es lo que somos, porque yo me siento exactamente igual que tú.

—Somos lo que podemos ser hasta nuestro último aliento, Kyle. Después de eso no hay más.

—¿De qué estás hablando? Carly, estoy enamorado de ti. Es lo que trato de decirte.

Carly levanta la mirada. Sus ojos están marchitos y afligidos.

—Lo siento, no debí dejar que esto llegara tan lejos. Lo mejor será que dejemos de vernos.

—¿Qué? No hablas en serio, Carly. No después de lo que acabo de decirte, después de... de todo lo que hemos pasado —balbuceo.

Carly deja salir un sollozo y las lágrimas siguen resbalando por sus mejillas.

—Hablemos. Te juro que, si me dices lo que pasa, voy a entenderlo. No voy a juzgarte. Solo quiero ayudarte, Carly. Estoy aquí para eso —musito con voz de súplica, acunando su mano derecha entre las mías.

Mi voz se quiebra. Nunca me había sentido tan desesperado por algo como en este momento. Sé que es algo grave, algo a lo que le teme y me odio por presionarla, pero me siento angustiado y preocupado cada vez que la miro a los ojos. Lo que siento por ella hace que me arda el pecho.

Los labios de Carly tiemblan al intentar detener su llanto. La mano que tengo entre las mías, la pone sobre mi pecho. Sigo aquella acción con mi mirada, sé que mi respiración está agitada y los latidos de mi corazón están acelerados.

—Tu corazón late fuerte —menciona en voz baja.

Su rostro está inexpresivo ahora.

—Sí, es lo que hace cuando estoy exaltado.

—¿Crees que las emociones y los sentimientos son lo que hacen latir el corazón?

Frunzo el ceño sin entender el porqué de su pregunta y su extraña forma de actuar de repente.

—¿Qué?

—¿Crees que las emociones y los sentimientos son lo que hacen latir el corazón? —Vuelve a preguntar.

Suspiro, echando la cabeza para atrás. Me resigno, de nuevo.

—Estoy seguro de que la mayoría le dan impulso a esos latidos.

Carly alinea los labios y quita su mano de mi pecho y la pone sobre el suyo. Baja la mirada y deja caer su mano.

—Debo irme, lo siento. —Vuelve al tema principal y me empuja con sutileza hacia un lado para salir corriendo.

Voy tras ella, pero la pierdo de vista. Miro en todas las direcciones posibles para encontrarla, pero no lo logro. No puedo saber con certeza a dónde fue, ni puedo llamarla; tampoco puedo llamar a su casa para asegurarme de que estará bien. Golpeo un bote de basura con el pie izquierdo. Estoy enojado conmigo mismo por no haber hecho las cosas bien desde un principio. Espero poder verla mañana y decirle que hay muchas cosas que le dan sentido a la vida, aunque tal vez para ella, esas cosas sean irrelevantes o hayan perdido el sentido que en realidad tienen. Sé que todo esto tiene que ver con el hecho de querer quitarse la vida, de que la adolescencia es una etapa difícil en nuestras vidas y que hay cientos de cosas que pueden atormentarla, pero por primera vez en mi vida, siento que tengo un propósito y sé que Carly está involucrada en él.

El sabor amargo de los recuerdos

Oigo a la maestra explicar el tema que estamos viendo en clase, pero en realidad no la escucho. Carly no me llamó la noche anterior y temo que lo que tenemos se desmorone por la discusión que tuvimos. Quiero irme de esta clase, no soporto esperar, que el tiempo no avance y que todo alrededor parezca estar normal cuando en realidad no lo está. El timbre suena y la algarabía se escucha por todos los pasillos. Salimos más temprano que de costumbre por algunos arreglos que están haciendo en la escuela y me pone de mal humor saber que tendré que ocuparme en otras cosas hasta que sea la hora en la que las clases terminan con normalidad para ir a buscar a Carly en la gasolinera. Voy caminando con Jackson y Kevin por el pasillo, llevo el bolso colgando de mi hombro como de costumbre, y cada cierto tiempo reviso mi celular por si Carly decide llamar. Los auriculares que siempre están conectados al reproductor de casete rodean mi cuello y no veo la hora de estar en mi auto para poder escuchar todas las canciones con tranquilidad. Nos detenemos en los casilleros y guardo los libros que no necesito llevar conmigo. El suéter azul oscuro que le di a Carly el primer día que nos vimos, está doblado sobre el entrepaño de mi casillero en medio de algunos libros de ciencias y álgebra. Tenso la mandíbula al pensar en que casi pude perderla si no hubiese llegado a tiempo para evitar que se lanzara. Pongo una mano sobre el suéter y siento la suavidad de la tela, incluso puedo sentir el olor a suavizante de manzana. Una sonrisa melancólica se dibuja en mi rostro. Jackson cierra la puerta de su casillero con brusquedad y me saca de la fantasía en la que estoy.

—Tierra llamando a Kyle —dice con tono divertido y robótico.

Giro la cabeza y lo miro. Jackson está a la expectativa de una respuesta, pero no sé qué fue lo que dijo y levanto las cejas para que vuelva a repetirlo.

—Que si vamos a jugar bolos —propone sonriéndome—, las de tercero van a ir —agrega, frotándose las manos al cubrir su cara de malicia.

—Lo siento, no puedo —lo rechazo de manera cortante y cierro la puerta de mi casillero.

Avanzo hacia la salida. No me apetece dar explicaciones del por qué hago o no hago, voy o no voy. Jackson y Kevin van detrás de mí.

—Espera, espera, ¿esto es por Naomi? —Jackson me detiene, poniendo su mano sobre mi hombro.

—No lo sabré, tampoco haremos nada malo. Solo será un juego de bolos —interviene Kevin.

—No es por Naomi. Las cosas ya están claras entre nosotros.

Ambos me miran con la boca abierta y el ceño fruncido. Jackson reacciona y pasa la lengua por sus labios antes de hablar. Pone su mano sobre mi hombro derecho y me mira directo a los ojos.

—Kyle, ¿te sientes bien, amigo? —Veo la preocupación por mí invadir su rostro.

Alineo los labios y ruedo los ojos para apartar la vista. Es la primera vez que me siento intimidado por su mirada.

—Estoy bien, ¿no lo parezco?

Jackson cruza miradas con Kevin. Él aparta la mirada para no involucrarse y Jackson pasa saliva.

—No, amigo. No lo pareces. Has estado distraído últimamente. Te vas antes de que termine el entrenamiento, te ves ansioso todo el tiempo y ya casi no te vemos en las tardes.

Admito que sus explicaciones me desarman y me hacen sentir descubierto. Le sostengo la mirada porque quiero decirle lo que me pasa, pero me retracto.

—Descuida, no hay de qué preocuparse. Estoy bien —miento, forzando una sonrisa.

Él me sonríe de la misma manera. Sé que no me cree.

—Los veo luego, chicos. Diviértanse en los bolos.

Jackson cruza los brazos y Kevin mete las manos en los bolsillos de su pantalón. Es patético ver cómo pierdo credibilidad porque mi rostro dice algo completamente diferente a lo que sale de mi boca. Solo necesito poder hablarlo con Carly, después de eso, todo será más fácil.

Llego a casa y almuerzo en menos de diez minutos. Mamá está durmiendo en su habitación. Ese día trabajó hasta las ocho de la mañana. Hago un poco de ejercicio mientras espero que sea la hora para ir a la gasolinera y cuando estoy listo, salgo de casa. No está aquí y tenía la esperanza de que estuviera. Aun así, decido esperar un poco más, tal vez se retrasó por alguna razón. Ha pasado una hora y Carly no aparece, así que decido irme a casa. Quedarme a esperar es inútil. No importa, pienso volver al día siguiente. Tal vez hoy sigue molesta por lo que pasó, pero al otro día puede sentirse mejor y con ganas de querer verme, porque eso es lo único que quiero hacer yo.

Han pasado cuatro días y Carly no ha vuelto a la gasolinera. Todos esos días he ido sin falta y espero un poco más de una hora, pero nunca llega. Tampoco me llama desde el teléfono público como solía hacerlo. He intentado devolver las llamadas a ese número, pero no se conectan. Sé que no funciona, pero debo intentarlo hasta que algo salga bien. Estoy volviéndome loco por no saber nada de ella. Me aterra lo que pueda pasarle y me pregunto: ¿qué estarás haciendo, Carly? ¿Estás pensando en mí como yo en ti? ¿Estás triste porque discutimos? ¿Acaso no quieres volver a verme? Siento un nudo en la garganta y no me apetece seguir escuchando su cinta. No puedo soportar hacerlo yo solo, cuando aquello era algo que hacíamos los dos.

Estoy en el estacionamiento de la escuela con Kevin y Jackson. Puedo sentir la mirada de muchos sobre mí, todos llevando y trayendo rumores de mi actitud últimamente. Tratan de ser discretos, pero no lo logran. Veo a Naomi venir hacia nosotros con su grupo de amigas, me sonríe, pero diferente. Ya no lo hace como antes; con esa coquetería que la caracteriza.

—Hola, chicos. —Nos saluda con entusiasmo.

Ahora veo que su personalidad es así: ser simpática siempre.

—Solo quise pasar a recordarles que nos vemos en el parque central a las tres de la tarde —señala al mirar a Jackson y Kevin, y ellos asienten—. ¿Tú vendrás con nosotros también? —Me mira a mí.

—¿A dónde? —pregunto confundido.

—Una chica de nuestra escuela desapareció hace cuatro semanas, así que repartiremos volantes por el parque por si alguien sabe de su paradero.

La miro tomándome mi tiempo para responder. No es una cita, pero es la tercera invitación que me hace. No quiero ser descortés otra vez.

—Claro, por qué no. Ayudaré en lo que pueda.

—¡Genial! —exclama, tratando de ocultar la alegría que siente por mi respuesta—. Los veo entonces a las tres. No lleguen tarde.

Naomi se despide de nosotros y se va con sus amigas. Suben a un auto Toyota modelo 2013. Quien conduce es Naomi y me llama la atención ver lo hábil y espontánea que es todo el tiempo.

Cuando pierdo de vista el auto, giro la cabeza y veo a Jackson y Kevin mirándome. Se están burlando de mí por cómo me quedé mirando a Naomi.

—Disimula un poco, amigo —bromea Jackson.

—Tienes un poco de baba aquí. —Kevin señala la comisura de sus labios con el mismo tono de diversión que Jackson.

No puedo evitar sonreír. Tampoco sé por qué lo hago.

—No sean idiotas —los reprendo—, entre Naomi y yo no hay nada. Solo somos amigos.

—Sí, claro. —Jackson no me cree.

Abre la puerta del copiloto y se sube al mismo tiempo que Kevin lo hace. Me apresuro a hacerlo también para terminar con el tema de una vez.

—Es en serio —continúo, cerrando la puerta después de acomodarme en el asiento del conductor—. Estoy viendo a alguien más, me gusta otra chica —confieso al fin.

Siento mi pecho expandiéndose y el aire llenar mis pulmones con más facilidad. No sabía que necesitaba decirlo en voz alta.

—¿Qué? —pregunta Jackson.

—Me gusta otra chica —repito—. De hecho, estoy enamorado de ella —continuo, diciendo más de lo que esperaba decir.

El auto se llena de silencio por varios segundos.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —cuestiona Kevin.

Encojo los hombros.

—No lo sé... Es complicado.

No lucho contra el deseo de querer ocultar la tristeza que siento, o la angustia. Sé que ambos cruzan miradas, puedo sentirlo.

—Oye, ¿hay algo que podamos hacer por ti? —Kevin se inclina hacia adelante para poner su mano sobre mi hombro.

—Sí, hermano. Lo que sea, sabes que te apoyamos —agrega Jackson.

Levanto la vista a ambos y les sonrío sintiéndome reconfortado.

—Lo sé, gracias.

Pongo el auto en marcha. Vamos a casa de Kevin para almorzar y luego nos dirigimos al parque central, como le prometimos a Naomi. Había mucha gente allí reunida. En su mayoría chicos de nuestra edad y unos cuantos policías. Vimos a Naomi entregando paquetes de volantes a algunas chicas para que se encargaran de repartirlos con los demás. Nos dividiríamos en grupos de cuatro para abarcar más personas alrededor del parque. A unos cuantos metros de distancia, algunos chicos ya están pegando volantes en las farolas ubicadas en el parque y otros abordan personas para entregarles el pedazo de papel con la esperanza de que alguien diga que la ha visto

en algún lugar.

Jackson y Kevin se dispersan dejándome solo. Naomi me sonrío al verme llegar. Le sonrío de vuelta y levanto una mano para saludarla. Me acerco al mismo tiempo que ella lo hace. Una pila de aproximadamente cien hojas, están entre sus brazos y pecho.

—Gracias a Dios viniste. Necesitamos mucha ayuda.

—No hay problema. ¿Qué necesitas que haga?

—Hay unos carteles y pendones en el baúl de mi auto, ¿podrías ir por ellos mientras yo termino de repartir estos volantes a los chicos que están llegando?

—Claro, dame las llaves.

Naomi hace maniobras para poder sacar las llaves que están en el bolsillo de su pantalón y me apresuro a sujetar la pila de hojas antes de que se caigan al suelo.

—Lo siento, estoy un poco abrumada con todo esto —se disculpa, aferrándose a ellas.

—No te preocupes, yo te ayudo. Dámelas —indico y Naomi suelta los volantes con cuidado.

Ahora sus manos están libres para que pueda sacar las llaves y entregármelas. Mientras lo hace, veo la foto de la chica desaparecida. Ojos negros, cabello negro y corto, rostro redondo y cejas pobladas. Un frío me recorre el cuerpo y el corazón me late con tanta fuerza, que me provoca ganas de vomitar.

—Aquí están, toma. —Naomi pone las llaves de su auto frente a mí.

—¿Quién es ella? —le pregunto atónito.

—Es mi compañera de clase, te dije esta mañana. Su nombre es Carly, está desaparecida hace cuatro semanas.

—No —niego, rechazando su respuesta—, no es cierto. Ella no es Carly.

—¿De qué hablas? —Naomi frunce el ceño.

—Yo... me vi con ella hace cuatro noches. Estuvimos en cine, estuvimos... —empiezo a balbucear porque la situación no me deja comprender lo que sucede.

—¿Qué?... Kyle, ¿viste a Carly? ¿Dónde?

Miro a Naomi, veo la urgencia en sus ojos por saberlo, pero no puedo pensar en nada porque los recuerdos invaden mi mente como un balde de agua fría cayendo sobre mi cuerpo en un día de invierno. Nuestros encuentros en la gasolinera después de clases, las llamadas desde el teléfono público, el que no quisiera hablar de su familia ni me respondiera las cosas que le preguntaba. La voz de Carly retumba en mi cabeza y pongo una mano en mi pecho al repasar el último recuerdo que golpea mi mente: todas las cosas que dijo el último día que nos vimos.

—Tengo que irme —anuncio, entregándole los volantes a Naomi.

—¿A dónde vas?

—Lo siento, debo irme —insisto, los ojos se me cristalizan.

Le doy la espalda a Naomi y corro para subir al auto.

—¡Kyle! —grita Naomi detrás de mí.

Entro al auto y miro a través de la ventana mientras me pongo el cinturón de seguridad. Un grupo de chicos alrededor de Naomi miran en la dirección donde estoy. Naomi les está contando lo que sucedió minutos antes. Enciendo el auto y conduzco. La voz de Carly sigue en mi cabeza como si la tuviera justo a mi lado y giro la cabeza para ver los asientos, pero están vacíos. Aprieto los ojos. Solo es el pánico apoderándose de mí.

La anatomía de una despedida

Llego a la gasolinera, nunca había conducido tan rápido como ese día. Me bajo del auto y grito su nombre:

—¡Carly! ¡Ya lo sé! ¡Aparece de una vez!

La gente alrededor me mira como si estuviera loco.

—¡Carly! ¡Ya basta! —insisto, como si sirviera de algo.

Me acerco a uno de los trabajadores y les pregunto si han visto a una chica con las características de Carly, pero el hombre robusto meneaba la cabeza para decirme que no. Vuelvo a entrar al auto y continúo conduciendo como si fuera a la cabaña de los padres de Ryan. Freno con brusquedad al ver el puente abandonado. Aún se aprecia la claridad del día. Suelto el cinturón de seguridad y bajo del auto. Sujeto las barandas oxidadas y miro hacia abajo. Cierro los ojos al ver la altura y me alejo porque siento vértigo. Bajo por un costado del puente para llegar hasta el riachuelo que pasa por debajo del mismo. La tierra está mojada por las recientes lluvias y mis zapatos se entierran entre el barro. Me deslizo y me veo obligado a disminuir el ritmo con el que voy caminando cuesta abajo, y luego de varios minutos que me parecen eternos, llego. El riachuelo está creciendo de nuevo por las lluvias. Un par de cuervos están merodeando el lugar a unos metros de distancia de donde estoy. Tengo miedo de avanzar y encontrar lo que presiento. Aun así, lo hago. Hay un arbusto que bloquea la vista, avanzo unos pasos y allí está: su cuerpo yace sobre las pequeñas piedras que el río aún no cubre y su cabeza está sobre una piedra más grande. Tiene el cuello torcido y la sangre debajo de ella está seca. Abro la boca impresionado por la desgarradora imagen. Me tiemblan las piernas y caigo de rodillas. Quiero llorar y no puedo hacerlo, entonces dejo salir un grito lleno de impotencia y dolor. “¡No!” es lo único que puedo gritar con todas mis fuerzas. ¿Qué me faltó para persuadirla de que no lo hiciera? ¿Cuándo fallé?

Estoy sentado unos metros más arriba de la trágica escena. Tuve que volver porque no soportaba el olor y la vista. Tengo las piernas flexionadas y las rodeo con mis brazos, ya llamé al 911 y a Jackson. Estoy esperando a que lleguen, en todo el tiempo que he estado aquí sentado, no he visto o escuchado un solo auto pasar. Ahora entiendo por qué Carly decidió suicidarse aquí. Nadie la encontraría, si era lo que planeaba. Siento su presencia y mi piel se eriza. Se sienta a mi lado en la misma posición en la que estoy. No giro la cabeza para verla, no soy capaz de hacerlo. Siento que me tiemblan los brazos y las lágrimas salen descontroladamente de mis ojos, aunque no emita un sollozo.

—Lo siento mucho. —Escucho su voz y tengo que cerrar los ojos.

No puede ser real lo que está pasando justo ahora, ni lo que pasó las últimas semanas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería hacerlo —contesta con mucha tranquilidad—, pero no podía. Literalmente no podía decirlo.

Me mantengo inexpresivo. Es tan intenso el dolor que siento, que no creo poder resistir.

—¿Insinúas que yo mismo debía descubrirlo?

—Supongo que sí. —Hace una pausa—. No es tu culpa si es lo que estás pensando. Me lancé del puente dos horas antes de que pasaras por aquí.

No veo cómo saberlo me pueda hacer sentir mejor.

—Esa noche pasaron muchos autos, pero ninguno se detuvo. Ninguno pudo verme, excepto tú —continúa.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto al girar la cabeza para verla.

Su rostro se ve tan lleno de vida, que no puedo evitar compararla con la imagen de su cuerpo pálido e hinchado que vi abajo.

Carly alinea los labios y ladea la cabeza para intentar comprender mis emociones.

—Es más complicado de lo que podrías imaginar —contesta sin darme más explicaciones. Sujeta mi mano derecha y me mira—. Ojalá te hubiera conocido dos horas antes ese día. Habría valido la pena seguir viviendo.

Una lágrima sale de su ojo derecho y me siento conmovido. La abrazo buscando consuelo entre sus brazos. Las sirenas se escuchan a lo lejos y nos soltamos. Me mira, poniendo su mano en mi mejilla y me dice:

—Necesito que hagas algo por mí.

Asiento con un movimiento de cabeza y se acerca a mi oído para susurrarme lo que va a pedirme. Frunzo el ceño a medida que la escucho. Sus ojos hacen contacto con los míos de nuevo y me besa en los labios por última vez.

Los autos se detienen y yo abro los ojos. Carly ya no está y me siento desubicado. Miro hacia todas las direcciones posibles, buscándola, queriendo verla una última vez.

—¡Aquí está! —grita alguien detrás de mí.

Giro la cabeza. Es Jackson, quien se dirige a mí con más preocupación en su rostro de la que puedo concebir.

—¿Estás bien, amigo? —me pregunta y me ayuda a levantar.

Meneo la cabeza para contestarle que no lo estoy. Subimos y veo a mi mamá llorando desconsolada. La preocupación de ella es diferente a la que refleja Jackson. Se lanza a mis brazos en cuanto me ve y me aprieta contra ella como si no fuera suficiente aquel abrazo.

Minutos después, escucho un grito aturdidor. Levanto la cabeza y me suelto del abrazo de mi madre. Una señora de rostro cansado se deja caer en el suelo después de ver el cuerpo de Carly, supongo que es su madre. Un chico de unos diecinueve años está al lado de ella. La abraza, la consuela, la quiere ayudar a levantarse, pero ella no se lo permite. Suben el cuerpo de Carly en la ambulancia y todos comienzan a dispersarse.

Voy con dos oficiales de policía a casa de Carly. Aún no sé de qué se trata. Solo sé que guardó una carta, un cinta de video, y su celular en un cofre que escondió debajo del suelo. Hizo un hoyo debajo de su cama y lo cubrió con una alfombra pequeña. Me dijo que ahí estaban las pruebas necesarias y las respuestas a mis preguntas. Tengo ansiedad. Los oficiales no hablan y mi mamá sostiene mi mano en silencio también. Nos detenemos al fin frente a una casa, su

fachada está desgastada y vieja. Bajamos y lo primero que hago es buscar un teléfono público, pero no veo ninguno.

—¿Dices que está en el segundo piso? —me pregunta uno de los policías.

—Sí, en el segundo piso —contesto.

Los policías cruzan miradas. No parecen muy convencidos de mi versión, aun así, se dirigen a la casa. Los dos hombres uniformados mueven la cama de Carly y levantan la pequeña alfombra peluda de color rosa. En ese momento mi corazón comienza a latir con fuerza de nuevo. Hay un hoyo en el suelo y la madre de Carly se cubre la boca con una mano. Uno de los policías saca el cofre y me mira desconcertado. Al abrirlo, encuentra su celular, una cinta de video y una carta, como me lo había dicho. La carta está dirigida a su madre y dejan que la lea mientras ellos se encargan de llamar a medicina forense.

En la carta, Carly cuenta el crimen cometido por tres de los amigos de Jake, su hermano; del abuso sexual del que fue víctima el día que decidieron embriagarse y drogarse mientras su madre no estaba. Jake no se dio cuenta porque perdió la conciencia por completo, y cuando quiso contarle a su madre y su hermano, no le creyeron.

Carly luchó en silencio por mucho tiempo contra el trauma que le dejó aquella experiencia y contra la falta de apoyo emocional por parte de su familia. No se lo contó a nadie más. Si su familia no le creyó, por qué alguien más lo haría. En la cinta de video Carly consigue que los chicos confiesen lo que hicieron y pensó que después de lograrlo, se sentiría mejor, pero no fue así. Por eso guardó las pruebas en el cofre. Todo dejó de tener sentido para ella y al final optó por lo que creyó, era la mejor salida a todo el sufrimiento que sentía.

Me lanzo furioso sobre el hermano de Carly y lo golpeo. Hay algo en su rostro que me dice que en realidad él sí lo supo todo este tiempo, pero prefirió guardar silencio. ¿Por qué lo hizo? ¿Por conservar la amistad de tres miserables? Ninguna razón es aceptable para mí. Alcanzo a darle tres golpes en la cara antes de que los policías me separen de él. Tiene la nariz rota porque le está saliendo mucha sangre y me siento satisfecho de verlo así.

Los oficiales nos llevan a la estación a ambos. Mi mamá no deja de mirarme como si no me conociera. Está sorprendida por mi reacción. Aunque sé que no es lo único por lo que está sorprendida. Me dejan libre después de unas horas y una fianza de mil dólares que el padre de Jackson paga por mí. El hermano de Carly debe quedarse en una celda por más tiempo gracias a la investigación que inicia en su contra. Mientras tanto, los amigos de Jake ya fueron arrestados y siento que por fin hice algo bien en mi vida, hice justicia por ella. La madre de Carly me detiene antes de atravesar la puerta de la estación. Su mano está sobre mi hombro y la observo unos segundos antes de mirarla a la cara.

—Gracias —susurra. Su voz es frágil.

Asiento, frunciendo los labios y le doy la espalda para marcharme.

Sé que era su madre y que le duele haber perdido a su hija, pero no puedo perdonarla por lo que hizo. Sé que no me corresponde impartir perdones como si fuera Dios, pero no puedo terminar de entender cómo una madre puede ser capaz de no creer algo como lo que Carly vivió.

—Yo sí te creería —asegura mi mamá, deteniéndose en el andén antes de cruzar la calle. La miro a los ojos—. Si un día te sucede algo, o necesitas ayuda, puedes contármelo. Siempre voy a creerte por más loco que parezca. Tú eres mi vida, Kyle. No sé qué haría sin ti.

Mamá llora con dolor. Veo el miedo en sus ojos y la abrazo.

Esto es lo más lejos que ha llegado mamá exponiendo sus sentimientos y me siento protegido al escucharla. Tal vez siente miedo de que haga lo mismo que hizo Carly, o de que vaya por el

camino equivocado y termine como los abusadores. Siempre hay dos tipos de personas en la vida: las víctimas o los victimarios. Sé que nunca sería un victimario, pero no estoy seguro de que pueda llegar a ser una víctima.

El funeral de Carly terminó hace unos minutos. Su madre es la última en marcharse. Estoy con Kevin y Jackson. Ambos me abrazan y se alejan para dejarme a solas con ella. Mi madre me espera en el auto mientras yo me tomo el tiempo para despedirme. Será la última vez que la veré si decide aparecer. Está lloviendo con fuerza y el día es bastante opaco. Sostengo el paraguas, pero puedo sentir las gotas de agua empapando la bota de mi pantalón. Naomi se para a mi lado.

—Podías verla, ¿verdad? —indaga con la voz temblorosa.

Asiento con la cabeza.

—Carly sufrió de muchas maneras. Nadie la entendía en la escuela. Y cuando yo comencé a hacerlo, fue muy tarde —solloza en un susurro.

—Ella sabe que no es tu culpa.

—Espero que puedas perdonarme, Carly. No sabes cuánto lo lamento.

Giro la cabeza para verla. Lloro sin importarle que sus emociones queden expuestas. Se pasa los nudillos por ambas mejillas para limpiarse las lágrimas y sorbe por la nariz. Me mira y alinea los labios antes de seguir su camino. La sigo con la mirada porque siento que quiero ir tras ella.

—Fue un funeral muy bonito, tal como lo imaginé. —Es la voz de Carly. Vuelvo la mirada al frente y la veo sonriéndome, vistiendo un vestido blanco—. Excepto por las caras tristes y las lágrimas —menciona, señalando a Naomi.

Sonrío y giro la cabeza para verla, va caminando cabizbaja.

—¿Cómo te sientes? —Vuelvo la mirada a Carly.

Ella toma aire y suelta un suspiro de alivio y satisfacción.

—Siento... demasiada paz —contesta, sonriendo.

Sonrío también, pero no puedo disimular lo triste que es esa sonrisa.

Carly se acerca y pone su mano sobre mi pecho otra vez. Yo también pongo mi mano en su pecho, pero no siento nada. Eso me desconcierta.

—Ten una buena vida, Kyle. Sé feliz. —Se está despidiendo—. Sigue enamorando a las chicas con ese aire misterioso que te caracteriza. Estoy segura que eso les encanta —bromea.

Río.

—Gracias por todo lo que hiciste por mí —musita con sinceridad.

Niego.

—Ojalá hubiera podido hacer mucho más.

—Hiciste lo que pensé que nadie haría por mí: me creíste. Y me hiciste sentir cosas, aunque mi corazón no latía. Para mí es suficiente.

—¿Ahora a dónde irás?

—No te lo puedo decir —contesta divertida y yo sonrío, recordando esa respuesta—, pero puedo decirte que es un lugar increíble y estaré más que bien.

Su mano entrelaza la mía y mira hacia el camino por donde va Naomi. Ella está mirándome, sosteniendo su paraguas y frunciendo el ceño sorprendida.

—No puede verte, ¿verdad? —supongo al volver a mirar a Carly.

Ella niega con la cabeza.

—Dile que no tiene por qué sentirse culpable de nada y que le agradezco todo lo que hizo por mí en la escuela. Fue una gran amiga. Creo que, si se lo hubiera contado a alguien más, habría

sido a ella.

—Se lo diré.

—Es una buena chica, y le gustas mucho.

Alineo los labios. Carly me da un beso en la mejilla y la nostalgia me invade de nuevo. Cierro los ojos y siento un calor invadir mi cuerpo y luego desaparece, volviendo a sentir frío. Al abrir los ojos, Carly ya no está. Intento recuperar la postura después de lo que sucedió, pero me cuesta.

—Kyle, ¿vienes? —me pregunta Naomi.

Giro para verla y asiento con un movimiento de cabeza. Avanzo unos pasos y me detengo. La miro y ella también lo hace a la expectativa de lo que voy a hacer o decir.

—¿Crees que las emociones y sentimientos son los que hacen latir el corazón?

—Creo que sentir todo lo que podemos sentir, sea bueno o malo, es lo que hace latir el corazón —me contesta con suavidad y yo asiento, sonriéndole con sutileza.

Llego hasta donde está ella esperándome. Sujeto el paraguas por ella, y caminamos juntos hacia la salida del cementerio. La acompaño a subir a su auto y luego subo al mío. Mamá enciende el motor y vamos a casa.

Nota del autor

Los hechos narrados en esta historia no son reales. Los personajes y situaciones son de mi imaginación. Si tú o alguien cercano está pasando por una situación similar, no te quedes callado. Nunca será más fácil tomar este tipo de decisiones. Sentirse solo en estos casos puede ser normal debido al trauma que deje esta o cualquier otra experiencia, pero la realidad es que quienes te rodean te aman y están dispuestos a ayudarte a superarlo. Más que nada, fuiste creado con un propósito, no permitas que nada ni nadie te lo arrebatte. Vive en honor a Carly y a todas las personas que, en nuestra realidad, han decidido quitarse la vida porque no pudieron soportarlo, o tuvieron miedo a ser juzgados y rechazados. Tienes un futuro brillante y lleno de muchas cosas maravillosas, aunque hoy no lo parezca y sientas que todo ha perdido el sentido para ti.